



Círculo Rojo

LOS MUNDOS DE CELIA

LOS MUNDOS DE CELIA

Juan Diego Vidal Gallardo

Ilustración: Juan Manuel Ortiz Cabeza



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: febrero 2017

Segunda edición: abril 2017

Depósito legal: AL 151-2017

ISBN: 978-84-9160-225-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Juan Diego Vidal Gallardo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Juan Manuel Ortiz Cabeza.

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

A todos los niños, por inspirar al mundo como solo ellos saben hacerlo. A todos los que crecieron y, aún hoy, siguen sin olvidar lo que un día les hizo soñar. A todas las madres y padres que nunca paran de luchar, sea contra lo que sea, por el bien de sus hijos.

A Juan Manuel, por su modo de *diseñar* ideas e imágenes. A Javier (¡cuánto vales para esto!), por su inestimable ayuda, por su talento, y por hacerme ver que *lo más valioso de la literatura es el hecho en sí de leer y escribir*. A mi madre, por su ilusión. A mi padre, por sus valores. Y a ti, Irene, gracias por tu paciencia, por tus consejos rebosantes de amor, por animarme a seguir con la tarea... Y gracias por creer siempre en mí (“*que una mota no te impida ver el sol*”).

*...hay quien piensa que lo fantástico es
irreal; quien piensa que una aventura no
puede divertir a los más jóvenes y, al mismo
tiempo, emocionar a los más adultos. Hay
quien piensa que dos mundos aparente-
mente paralelos no pueden unirse jamás,
ni siquiera a través del poder de la sensibi-
lidad; que, tarde o temprano, el niño deja
de serlo -niño- para no volver jamás a ese
estado; que las 'cosas de mayores' no pueden
ser entendidas por los menores; que el loco es
un extraño... Y hay quien no recuerda que
todos tuvimos la capacidad de vivir lo que
éramos capaces de crear...*

*... pero hay también quien exprime esa pa-
labra tan bella, pensar, para saber que todo
lo anterior puede mezclarse y resultar lo
contrario a lo que la 'sabia' mayoría dicta-
mina que tiene que ser; quien vive historias
reales que son fantásticas; quien navega por
el arte de la imaginación; quien vuelve a
descubrir lo que un día fue, lo que un día
conoció... Y hay quien piensa, en definitiva,
incluso quien sabe, que dentro de un mun-
do caben varios mundos...*

ÍNDICE

I. LOS PREPARATIVOS DEL VIAJE.....	11
II. UN CÚMULO DE TRAGEDIAS.....	13
III. NARANJOS, PUENTES... ¡Y UNA NAVE!.....	17
IV. PENSAMIENTOS AL ALBA	23
V. EN BUSCA DEL SOL	27
VI. ¿QUIÉN VIVE AQUÍ?...	33
VII. LAS OCURRENCIAS DE UN MAESTRO	37
VIII. LA FORJA DEL PACTO.....	41
IX. UNA LLAMADA JUSTO A TIEMPO.....	45
X. EL PLAN PERFECTO	51
XI. EL PROYECTO ECHA A RODAR	57
XII. LUCIÉRNAGAS, LEYENDAS Y DRUIDAS	61
XIII. LAS FUERZAS SE DESVANECEN.....	71
XIV. LAS ENSEÑANZAS DE LA BRUJA	79
XV. PROYECTO VA, CARTA VIENE.....	89
XVI. LOS SECRETOS DEL LAGO DE LOS OJOS AZULES.....	95
XVII. ¿YA ESTÁN AQUÍ LOS GUARDIANES?	103
XVIII. ¡BIENVENIDOS A LA CIUDAD DE LES!	109
XIX. ALEGRÍAS E INQUIETUDES.....	117
XX. EL AMOR COMO MEJOR REMEDIO	123
XXI. UN CONCIERTO IMPOSIBLE DE OLVIDAR.....	129
XXII. EL RETORNO AL LAGO	135

I. LOS PREPARATIVOS DEL VIAJE

A Celia le apetecía visitar a Gigante, y eso significaba tener que viajar a las tierras del gran mar siberiano. Para cualquier otra persona, semejante viaje supondría irremediablemente una larga odisea pero para ella no era así. Celia tenía que ver a su amigo, quería hablar con él...

—¡Celia, a comer! —dijo, de repente, su madre.

El viaje tendría que esperar, al menos por el momento. Pero en cuanto terminase de almorzar, Celia subiría de nuevo a la buhardilla de su casa, su refugio, planearía la ruta que seguiría en esta ocasión y prepararía todo para emprender el trayecto. Lo necesitaba más que nunca. Necesitaba irse a un sitio lejano, donde nadie la encontrase, irse sin avisar, como siempre hacía.

—¿Te pasa algo, Celia? —le preguntó su madre, estando ya ambas sentadas junto a la mesa.

—No, mamá, estoy bien —respondió Celia sonriendo, pretendiendo que su madre no intuyese nada acerca del viaje que tenía en mente—. La comida está muy buena.

Celia era de pocas palabras. Se comió todo lo que su madre preparó, saboreando cada bocado, mirando con ganas cada uno de los platos con entremeses que había en la mesa. El rato de la comida era siempre para Celia un oasis de felicidad, o al menos

de tranquilidad. Y Leticia, que es como se llamaba su madre, lo sabía. Por eso, ella solía comer de manera más pausada, observando casi todo el tiempo a su hija. Esta vez dijo, de repente: “¿Sabes que te quiero?”. Y su hija, que no paraba de engullir, apenas levantó la vista, miró a su madre, sonrió de oreja a oreja, y casi sin entenderse nada porque tenía la boca aún llena de alimentos, contestó con un breve: “Yo también..., a ti..., mamá”. Y aquella graciosa y regordeta cara, a la que se le hacía hartó complicado comer y hablar al mismo tiempo, provocó la risa de su madre.

Aún no había comenzado Leticia con el postre cuando Celia subió a su dormitorio... O eso, al menos, le dijo ésta a su madre en cuanto terminó de comer y se retiró del salón. Lo que en realidad hizo Celia fue pasar de largo por su cuarto y subir las escaleras en dirección al ático, cuya azotea comunicaba a su vez con una casa contigua que por entonces no habitaba nadie. Tras pasar un rato agradable con su madre, Celia estaba más tranquila pero ella sentía que tenía que escaparse rumbo al gran mar siberiano... Y así fue. La niña, de ocho años, llegó a la buhardilla y abrió el baúl de madera con cierres de latón dorado a pesar de que su madre le había advertido varias veces que ese cofre inmenso debía permanecer siempre cerrado. El baúl tenía en su interior viejas prendas de ropa, entre otras cosas. Celia cogió una manta y también una percha de madera que algún día le serviría como batuta para dirigir una función de la Orquesta Nacional de Siberia, su gran sueño.

Celia observó con curiosidad, una vez más, una foto con un bonito paisaje nevado que le llamó mucho la atención desde la primera vez que osó abrir el baúl. Luego, comprobó que todo estaba dispuesto y respiró con energía. Se sentía preparada para ir al encuentro de su amigo Gigante. La aventura estaba a punto de comenzar...

II. UN CÚMULO DE TRAGEDIAS

Las cosas se habían complicado para Leticia en los últimos años. Primero, la muerte de su novio (y padre de Celia). Luego, la pérdida de su puesto de trabajo. Y por último, el anuncio por parte de su entidad bancaria de que pronto sería desahuciada si no retomaba el pago de su hipoteca, que había dejado de efectuar por no poder afrontarlo. Demasiado dolor en tan poco tiempo. Llevaba pocos años en el pueblo, tenía conocidos aunque no grandes amigos. Y en cuanto a su familia, sus padres eran muy mayores y vivían lejos, mientras que sus dos hermanos, menores que ella, la ayudaban en lo que podían, aunque tampoco residían cerca y cada uno de ellos tenía su trabajo, su familia, su vida, por lo que Leticia no podía contar con ellos tanto como ella querría.

Se acercaba el mes de septiembre y pronto volvería el curso escolar. Leticia sabía que Celia estaría bien durante las cinco horas que permaneciese cada día en el colegio, pero... ¿Y después? Era consciente de que su hija no estaba teniendo la niñez más cómoda, aunque procuraba que sí fuera, al menos, lo más feliz posible. Leticia seguiría buscando trabajo por las mañanas y el resto del día lo aprovecharía para estar con su hija. Hacía tiempo que la madre había notado algo raro en ella. Celia nunca fue muy extrovertida, tampoco demasiado habladora, lo que no era un problema para Leticia, pero sí era un tanto extraño el hecho de

pasar cada vez más tiempo en la buhardilla de casa, sola. A veces, Leticia pensaba que la pequeña parecía estar en otro mundo... En cualquier caso, siempre creyó, como una vez que subió y lo presencié, que su hija estaría jugando y, de hecho, cuando Celia bajaba al salón para estar con su madre, todo parecía transcurrir con la más entera normalidad.

Un día, Celia subió a jugar al lugar de la casa que tanto le gustaba y Leticia aprovechó para hacer una llamada telefónica, pero no una llamada cualquiera. Esta joven madre sabía que en cualquier momento le llegaría la carta del banco anunciándole un plazo para tener que hacer las maletas. Como muchas otras personas, Leticia se dejó llevar por la confianza que de repente trataron de acaparar, en ella y en su novio, los directores de la sucursal del pueblo al que se mudaron unos años antes por razones de trabajo. “En nuestro banco tenemos las mejores condiciones que pueden encontrar en estos momentos”, “No hace falta que lean estas páginas finales del contrato, son meros formalismos”, o “Somos amigos de todo el mundo en este pueblo”, fueron algunos de los irresistibles mensajes que lanzaron a la joven pareja en cada una de sus reuniones. Así que Leticia y su pareja decidieron embarcarse en el pago de una casa que supondría “el inicio de una larga época de alegrías...”.

Lo que pasó poco tiempo después de aquella firma, Leticia no lo había imaginado ni en el peor de sus sueños. Su novio salió una mañana de casa para dirigirse a las obras de un edificio donde trabajaba como albañil, tuvo un accidente con su moto y falleció al instante. Leticia coqueteó con un estado de depresión que, no obstante, llevó adelante con admirable fortaleza y que superó en no mucho tiempo gracias a su constancia y al hecho de que no quería que su hija sucumbiese ante la difícil situación. Durante un tiempo pudo seguir devorando la vida a través de empleos temporales, sobre todo en las épocas de la recolección de frutas y

verduras en el campo, programas de desempleo, así como gracias a la ayuda de sus hermanos. Pero en los últimos meses todo parecía ir a peor. El esperanzador futuro que sus *amigos* banqueros le habían augurado parecía haberse esfumado. Y para colmo, ellos, los señores que con la mejor de las sonrisas les aconsejaron firmar la hipoteca en su entidad poco antes, parecían haberse convertido ahora en una especie de enemigo incómodo que, de manera cada vez más insistente, molestaba e intimidaba a la joven madre con llamadas de teléfono y cartas en las que alertaban sobre el probable desahucio debido al impago de las cuotas mensuales exigidas por el sistema que todo lo regía... El caso es que a sus desgracias personales se sumaban ahora esas amenazas, y Leticia tenía la sensación de que se le acababa el tiempo.

Pues ese día, como decíamos, Leticia llamó a un contacto que una vecina le había pasado. La persona trabajaba en una oficina de registros notariales al mismo tiempo que estudiaba Derecho, y quizá podría informarle sobre cómo afrontar su situación. Tras cuarenta y cinco minutos de conversación y después de examinar las circunstancias de Leticia, el futuro abogado concluyó que “en este momento, y por desgracia, las leyes de este país me hacen ser no muy optimista en tu caso”. Y antes de despedirse, aquel joven tuvo a bien pasarle los contactos telefónicos de otras personas que colaboraban en distintas asociaciones cuya labor era aconsejar y asesorar de forma altruista a gente que se encontraba en la misma situación. La joven madre, siempre positiva y fuerte, comenzó ese mismo día a llamar a los responsables de los colectivos, sin un segundo que perder.

Y la tarde pasó, con Leticia haciendo mil llamadas y tejendo los hilos de colaboración con los que podría contar a partir de ese momento. Exhausta, la joven madre decidió descansar un poco. Pensó en todo lo que había repetido a unos y a otros, pensó también que quizá tendría que irse de aquella casa con su hija, y entonces, en aquella fortaleza que por momentos parecía inque-

Los mundos de Celia

brantable, apareció una pequeña grieta de angustia y desesperación. Se dejó llevar, lloró como hacía tiempo que no lo hacía... Eso sí, lo hizo con una mano tapándose la boca para que su hija no la oyese. Porque Celia no debía saber que su madre estaba triste. Al contrario, Celia debía seguir viendo a su madre como la luchadora que siempre conoció...

III. NARANJOS, PUENTES...

¡Y UNA NAVE!

Justo en el momento en el que Leticia daba rienda suelta al cansancio provocado por el dolor, Celia estaba ya a punto de llegar a su destino. El globo aerostático en el que viajaba se encontraba a pocos metros de la superficie de agua del inmenso e imponente mar siberiano en el que siempre desembocaba Celia a bordo del ingenioso artefacto, con sus telas tejidas de todos los colores. El espectáculo visual era, una vez más, grandioso. El valle helado quedaba justo detrás, las olas que rugían de manera calmada servían de remos que conducían el globo a la orilla, y todo esto junto a una caída incesante de copos de nieve que, sin embargo, apenas parecían afectar a nuestra protagonista, más bien todo lo contrario. La niña pensó que la orilla quedaba ya cerca y que, por ello, era el momento de abrigarse, al tiempo que respiraba el aire limpio y helado de aquel paraje singular, blanco por todas partes, luminoso y bello al mismo tiempo. Fue así como, pocos segundos después, la viajera holló la tierra y se dispuso a ir a la casa de su amigo.

Celia iba allí con asiduidad en los últimos meses. Solía hacerlo cuando se sentía triste por alguna cuestión a veces desconocida por ella misma, incluso cuando veía a su madre preocupada. Allí, cerca del gran mar, vivía su amigo Gigante, el gigante siberiano, quien a través de sus explicaciones, sus relatos y sus historias,

siempre lograba que Celia se calmase, pero algo extraño ocurrió en esa ocasión... Su amigo solía esperar en un punto exacto de la orilla al que el globo arribaba y, sin embargo, esta vez no estaba allí. Eso sorprendió a la pequeña Celia, quien decidió emprender el camino hasta *La Nave Plateada*, el inmenso y confortable almacén de vigas de madera agradablemente equipado con enormes chimeneas, mantas de algodón y muebles de todo tipo, en el que Gigante vivía...

Durante el camino, la joven aventurera atravesó algunos prados nevados salpicados por especies de animales típicos de aquellas tierras, como las vacas peludas, los mamuts pelirrojos o los caballos de cuernos brillantes, hasta que al fin se encontró en un lugar que no recordaba haber visto antes en el trayecto que tan bien conocía. Se trataba de una aldea formada por una treintena de casas de piedra tallada y abarrotada de olorosos naranjos, así como de algunos limoneros, parapetados sus frutos por un sinfín de brillantes hojas verdes que hacían que su colorido inundase las calles y sus alrededores, destacando sus alegres tonos y estimulantes fragancias entre el brillante paisaje blanco de las tierras del gran mar siberiano, que parecía eterno. Celia decidió hacer un alto en el camino y pasear por las callejuelas.

La entrada a la aldea asombró a la pequeña, al tener que pasar junto a un enorme naranjo, mucho más grande que el resto de los que allí había. Más adelante sabría que ese descomunal naranjo era el árbol protector de sus habitantes y que, al parecer, existía una leyenda entre éstos que decía que *quien encontrase por coincidencia, y no porque lo buscase, el único ejemplar gemelo de ese gran naranjo que existía en alguna otra aldea de las tierras siberianas, volvería a presenciarlo algún día tras conocer lugares que nadie más podría conocer y tras vivir aventuras que nadie más podría vivir...* Sus pequeñas avenidas estaban abarrotadas de gente que transitaba hacia una y otra dirección. El ambiente no se parecía en absoluto al paisaje nevado y despoblado del entorno, pues sus paisanos

hacían que fuera cálido y acogedor el pasear por su coqueto mercado formado por puestos de flores turcas y de quesos siberianos.

Celia, que no paraba de mirar las casas, así como de coger limones y saludar a los alegres habitantes de la aldea mientras éstos se comunicaban entre sí con una jerigonza muy particular, advirtió una extraña sensación de comodidad al recorrer las pequeñas calles. Era como si su cuerpo se balanceara arriba y abajo tras cada paso que daba, lo cual constató cuando miró al frente y vio que el horizonte de cabezas que transitaba junto a ella se deslizaba imitando a la perfección el movimiento de las olas que suben y bajan. Todo le resultaba raro pero muy divertido a Celia, quien justo en ese momento encontró la explicación a semejante cadencia al andar. Aprovechando un momento en el que caminaba por una zona un poco más despejada de personas, miró sus pies y observó fascinada que no era cemento ni alquitrán lo que conformaba el suelo, sino unos particulares tablones de madera. ¡Las calles de aquella sorprendente aldea estaban formadas por innumerables puentecillos flotantes de listones de madera con barandas de fina cuerda a los extremos, interconectados de un lado a otro, salvando así los muchos riachuelos y canales que transportaban sus aguas frescas y limpias bajo los pies de los aldeanos! Celia pensó que no había visto jamás nada semejante.

—¿Eres de aquí, muchacha? No me acuerdo de ti —dijo de repente un hombre quitándose su sombrero de copa, rascándose la cabeza y haciendo una mueca con la cara como queriendo recordar quién podría ser aquella niña, despertando así Celia de su asombro.

—Eeh... No, señor —respondió Celia—. No soy de aquí. Me llamo Celia y vengo a ver a mi amigo, el gigante siberiano, que vive en *La Nave Plateada*, al otro lado del gran mar. ¿Conoce usted a Gigante?

El lugareño, impecablemente vestido con sus zuecos burdeos de bailar, pantalones negros, chalequillo rojo (que hacía juego

con su barba, del mismo color) y chaqueta verde, volvió a rascarse la calva y tornó los ojos a cualquier dirección, signos de que buscaba en su memoria a alguien que respondiese a semejante nombre.

—Me temo que no conozco a ningún gigante, señorita. Hace mucho tiempo que no vemos por esta aldea ninguno de esos grandullones —Celia soltó una ligera risa de la que el lugareño no se percató—. Pero sí sé dónde está *La Nave Plateada*. Desde luego que en semejante casa puede habitar una familia entera de gigantes con todas sus provisiones de abarcas de esparto y tejidos de pana... Eso sí, ten cuidado al llegar allí. Al parecer, la Guardia Real causó algunos estragos hace poco en aquella zona.

Y así, el amable hombre indicó la salida que Celia debía tomar, junto al gran naranjo que protegía la entrada de la aldea, y que, según sus palabras, la llevaría a través de un sendero al destino que buscaba. Se despidieron y Celia reemprendió su camino con la sensación de haber recargado fuerzas en las calles de la pintoresca aldea. El paso por aquel lugar había alegrado el espíritu de Celia pero, a continuación, vinieron a su memoria aquellas palabras del amable lugareño advirtiéndole de una Guardia Real que, al parecer, merodeaba por el lugar donde su amigo Gigante vivía. Al mismo tiempo, la niña recordó que en uno de sus últimos viajes, Gigante ya le habló de aquellos guardianes que en los últimos tiempos solían ir a algunas casas haciendo que sus habitantes tuviesen que abandonarlas. Por ello, Celia sintió una repentina angustia que le hizo acelerar el paso, pensando que tal vez su amigo estuviese en problemas. Al cabo de unos instantes vio, no muy lejos, la casa de Gigante, corrió hacia allí y cuando llegó presenció, sorprendida, que los enormes portones de entrada estaban abiertos de par en par. Entró en silencio en la casa, respirando rápido. Contempló que algunas cosas estaban revueltas en el interior de la nave y, desde luego, parecía no haber nadie dentro. “¡Gigante, soy Celia! ¿Estás aquí?”, gritó al cabo de unos segundos, aunque

nadie le respondió. Se sintió desolada imaginando en qué clase de problemas podría encontrarse su amigo. Pero Celia era una pequeña guerrera, en eso había salido a su madre, así que decidió ponerse manos a la obra.

La viajera vio una bolsa de tela que estaba junto a uno de los portones de la entrada y metió en su interior la manta que cogió en el ático de su casa para abrigarse durante el viaje, la percha que siempre llevaba consigo, y unas cuantas naranjas que recogió a su paso por la aldea. Celia estaba dispuesta a iniciar la búsqueda de su amigo, allá donde éste se encontrase, y para eso debía prepararse bien. Aunque pensó que antes de salir de la nave sería buena idea reposar y coger fuerzas. Así que se dirigió al sofá de Gigante, al que tuvo que subir por una alargada escalera de treinta y tres peldaños, y en cuanto se recostó, allí en lo alto, desde donde podía repasar todos los rincones de la casa y también divisar el gran mar siberiano a través de los enormes ventanales, sintió que no podía resistir el peso del sueño...

IV. PENSAMIENTOS AL ALBA

—¡Celia, baja un momento! Quiero comprobar una cosa — llamó Leticia a su hija desde las escaleras que subían al ático.

Había pasado un buen rato desde que la madre terminó de comer, tras lo cual se dedicó a revisar la ropa de Celia en su habitación. Algo alarmada por no haberse dado cuenta antes, comprobó que su hija necesitaba nuevas prendas porque no paraba de crecer, de manera que los vestidos, las camisetas o los zapatos se le iban quedando pequeños. El problema era que los ahorros comenzaban a escasear en casa. Leticia, mientras oía las pisadas de su hija bajando las escaleras, pensó en la cantidad de horas que pasaba la pequeña jugando sola en la buhardilla, coincidiendo con las semanas de mayor estrés de la madre...

Al entrar en el cuarto, Celia advirtió que su madre quería dedicar aquella tarde a lo que ella pensó que sería una sesión de belleza o algo por el estilo. En lo que no reparó es que había bajado de la buhardilla sin soltar la percha de madera que le solía acompañar en sus viajes siberianos.

—Celia, ¿para qué traes la percha? —preguntó, sorprendida, Leticia.

—Pues... —Celia supo salir del trance—. Sabía que ibas a hacer algo con mi ropa y he pensado que a lo mejor la necesitabas.

—¿Sabes que te estás volviendo un poco loca? —respondió Leticia de manera cariñosa tras dudar un segundo y, a continuación, se puso manos a la obra sin darle mayor importancia al episodio de la misteriosa percha.

Para aquella madre joven y luchadora no era baladí dedicar una tarde a probarle a su hija toda la ropa que tenía, como tampoco lo era hacer cálculos con las facturas de la luz o del agua, o examinar bien las cartas del banco, ahora con la ayuda de personas que la asesorarían al respecto. Hasta entonces lo había hecho todo sin permitir que Celia se percatase de su creciente angustia (eso pensaba ella, al menos), lo cual requería un notable ejercicio de templanza temperamental. Fue así, dando paso siempre al juego y al buen carácter, como transcurrió aquella agradable tarde entre madre e hija.

Y pasó también la noche, Celia se durmió y llegó el momento de irse a la cama para Leticia, a quien la vida había decidido poner a prueba. Se puso a pensar. Siguió haciendo cálculos en la oscuridad; pensó en qué prendas de ropa necesitaba su hija; dónde podría encontrar trabajo; pensó en su niña, cada vez más callada y ausente en las últimas semanas; en su novio, enamorado de su familia, quien en ese momento debería estar tendido a su lado en la cama... Pensó, pensó y siguió pensando. Tanto lo hizo que aterrizó el amanecer y ella no logró pegar ojo.

Pero una vez más, Leticia cogió fuerzas a pesar de sentir que la cabeza le iba a estallar por no haber descansado lo suficiente durante la noche y, tras dirigir su mirada hacia la puerta durante unos segundos, se levantó de la cama afirmándose en la idea de que no iba a permitir que Celia viese truncada su infancia. Así que respiró de manera profunda, bebió un poco de agua y comenzó a trazar el mapa mental de acciones que llevaría a cabo a partir de ese mismo día para tratar de revertir la situación. Diseñar un nuevo currículo, ir a nuevos establecimientos, buscar en todos los sectores, tiendas de ropa o de comida, labores del campo, lo que

fuese necesario. Incluso apuntarse a cursos municipales de baile, pintura, idiomas o informática para conocer gente y hacer amigos. Porque se dio cuenta de que, de alguna manera, también ella estaba aislándose del mundo que le rodeaba.

Y así, perdida la batalla contra el sueño, comenzó un día que traería importantes novedades tanto para ella como para su querida Celia...

V. EN BUSCA DEL SOL

Frank y Diane llevaban ya unos cinco minutos conduciendo por las calles del pueblo en el que ahora debían instalarse por un tiempo. De vez en cuando se miraban como interrogándose: “¿Nos acostumbraremos a esto?”. Él era de naturaleza más positiva y pensaba que en poco tiempo serían felices. Pero su mujer no lo tenía tan claro. Así que Frank, tras echar una mirada al espejo retrovisor y asegurarse de que su hija Lucy seguía dormida en la parte trasera del coche, acarició la pierna de su mujer, quien iba al volante, y trató de tranquilizarla diciendo, sonriente: “*Everything’s gonna be alright, honey*”, mientras movía su cabeza al ritmo de la canción de Bob Marley que sonaba en esos momentos en la emisora de radio. Ambos eran de Nueva York. Allí se habían conocido, allí se enamoraron, allí se casaron y allí vieron nacer a su hija hacía ocho años ya. Eran conscientes de que cambiar aquella gran urbe de los Estados Unidos de América por la nueva vida que adoptarían en el pueblecito del sur de España al que acababan de llegar, comportaría un proceso de adaptación difícil. Pero, en el fondo, ambos eran personas de buen ánimo y de talante risueño, así que emprendieron la aventura con ganas de afrontar un nuevo e interesante capítulo en sus vidas.

La pareja amaba el mundo de las ciencias naturales, el ecosistema, los estudios medioambientales. Diane trabajaba en una compañía de energías sostenibles y renovables, mientras que Frank era profesor universitario. Y si se trasladaban al nuevo destino, al otro

lado del océano Atlántico, en un lugar remoto del sur del continente europeo, a varias horas en avión de su ciudad natal, no era por casualidad. Ambos encabezaban un ambicioso proyecto con el que, después de algunos meses, pretenderían regresar a su tierra para concienciar y demostrar a todas las personas que la energía solar podría convertirse en una potente sinergia para cambiar y mejorar la salud y, por ello, la vida tanto de las personas como de sus entornos. En pleno proceso de preparación del proyecto durante los últimos dos años, habían estudiado e investigado una zona donde la cantidad y la calidad de horas de sol fueran idóneas para su proyecto. Y fue por ello que eligieron el coqueto lugar por cuyas calles ya circulaban, buscando la dirección de su nueva casa alquilada.

Llegaban preparados para el reto. Sabían que lo más importante para comenzar a funcionar cuanto antes era poder comunicarse. Así que durante los últimos dos años, tanto ellos como la pequeña Lucy se habían dedicado a cambiar sus hábitos lingüísticos de tal manera que, gracias a las clases particulares, a actividades de diverso tipo o a la ayuda de algunos amigos latinos, la familia llegó a España con un buen nivel de español. Especialmente fácil había resultado aquel proceso para Lucy, haciendo buena la teoría de que las personas adquieren mejor los conocimientos de nuevos idiomas a edades tempranas. Sea como fuere, e incluso practicando en el coche, la familia llegó, al fin, a su destino. Una casa de dos plantas coronada por una azotea los recibió ansiosa por ser ocupada. La vivienda estaba flanqueada por otras dos casas, una a cada lado, y un enorme solar vacío enfrente, que por las porterías solitarias que se erguían a cada extremo daban a entender que se trataba de un antiguo campo de fútbol donde solían jugar los niños del barrio, aunque ahora su superficie estaba cubierta de tierra, flores y algunos arbustos que servían de improvisada zona de paseo para los vecinos y sus mascotas.

—I like it! —dijo, sonriente, saliendo del coche el siempre optimista y emprendedor Frank mientras observaba el entorno de su casa.

—Frank, do you think it is going to be fine for Lucy? —dijo Diane, cerrando con cuidado la puerta del asiento del piloto para no despertar a su hija.

—I'm sure about that, my love —respondió su marido—. Look at the sun, breathe deeply and feel the air. It's the perfect place for her.

Lo cierto es que esta pareja de neoyorquinos había decidido alejarse por un tiempo de su ciudad, llena de rascacielos, inundada de coches y estresada de manera endémica por el ritmo frenético de las oficinas. A partir de ahora trabajarían en un lugar opuesto porque pensaban que era un buen destino no solo para su proyecto, sino también para su hija. Hacía algo más de tres años que le habían diagnosticado una extraña enfermedad sobre la que aún no poseían demasiada información, pero una cosa les había quedado clara desde las primeras conversaciones que mantuvieron con su médico de confianza en Nueva York: su hija necesitaba pasar una larga temporada en un lugar alejado de su ciudad, respirar aire puro y fresco, requería una vida tranquila donde las vitaminas del sol no le faltaran casi ningún día del año. Así que Frank y Diane, que por entonces trabajaban en la génesis del proyecto, vieron la oportunidad de aunar la prioridad de la recomendación médica para su hija con la importancia de un buen enclave para su proyecto, y así llegaron a su nuevo domicilio.

Era aún temprano por la mañana la primera vez que divisaron la fachada blanca de su nuevo hogar. Y, pasadas ya las primeras horas mientras limpiaban la casa y organizaban los trastos con los que viajaron, les llamó la atención algo que sin duda les gustó: la tranquilidad del sitio. Algún coche pasaba de vez en cuando

por la calle donde se encontraba la casa, las personas caminaban relajadas por el campo situado frente a la casa, unos vecinos charlaban, otros cantaban o escuchaban música mientras limpiaban sus casas, con el volumen bien alto para que todo el vecindario se enterase, casi todos los hogares tenían las puertas y ventanas abiertas, gente comiendo unas tapas en el bar de la esquina... Frank, quien desde allí incluso veía en el horizonte los campos en barbecho mientras los campesinos eliminaban la cizaña de los surcos, se enamoró de aquel rincón del planeta desde el primer momento.

—¿Dónde están los niños, daddy? —preguntó Lucy a su padre, quien observaba el nuevo barrio desde la terraza.

El padre se enorgullecía al ver que era la pequeña de la casa la que recordaba a los mayores que debían practicar el nuevo idioma. Así que, siguiendo el ejemplo, Frank le contestó también en castellano.

—Pues... En el colegio. Por eso no hay niños en la calle —dijo Frank.

Lucy, que era muy avispada teniendo en cuenta su corta edad, recordó al instante que poco antes de coger el avión en Nueva York, su padre le dijo que todavía faltaban algunos días para que los niños comenzasen las clases del colegio en el pueblo al que se iban a mudar.

—Papá, el colegio aún no ha empezado aquí, ¿recuerdas? —dijo Lucy mirando a Frank.

—Oh, it's true! Entonces pronto veremos algunos niños y podrás hacer tus primeros amigos —respondió sonriendo su padre.

Así era Frank, despistado por naturaleza. Lucy se quedó junto a él mirando a sus nuevos vecinos. Todo era novedoso para ella pero, aun así, la pequeña se mostraba muy tranquila. Sobre todo porque permanecía al lado de su padre, quien desde siempre había tenido una conexión especial con su hija. Despistado pero también jovial, divertido, “un poco loco”, como solía decir

la propia Lucy, y siempre dispuesto a idear juegos y aventuras con su hija, ese era Frank. Diane, de carácter algo más templado, sabía que su pareja era el mejor padre que su hija podía tener. Y si algún detalle se le pasaba por alto al olvidadizo de su marido, ahí estaría para recordárselo la pequeña Lucy, sagaz, charlatana, inteligente y cuyo pasatiempo favorito era devorar libros sobre el mundo animal, los cuales leía cada noche junto a su madre, en la cama, antes de quedarse dormida.

Frank, Diane y Lucy. Así eran los integrantes de esta familia que acababa de llegar al pueblo, a miles de kilómetros de donde siempre habían vivido. Una familia que ya recalaba en su nuevo hogar...

VI. ¿QUIÉN VIVE AQUÍ?...

Leticia y su hija regresaban a casa tras haber ido al mercado para comprar frutas y verduras. Cuando pasaron por la esquina de la calle donde vivían, a Leticia le llamó la atención que estuvieran abiertas las puertas de la única vivienda que colindaba con la suya. Era ya mucho el tiempo que llevaba cerrada aquella casa, así que podría tratarse de nuevos inquilinos o bien de empleados de alguna inmobiliaria que estuviesen enseñándola a otras personas. Desde el principio deseó que se tratase de la primera opción porque, de esa manera, al fin podría disfrutar de alguna compañía, vecinos con los que hablar y a los que conocer.

—Parece que tenemos nuevos vecinos, peque —dijo Leticia a su hija, sin dejar de mirar aquella casa.

—¿Nuevos vecinos? —contestó Celia, un tanto distraída porque trataba de coger bien la bolsa de manzanas, algo pesada, para que no se le cayese a escasos metros de llegar a su casa—. Quizá hay algún niño...

Aquella rápida contestación no fue casualidad, bien lo sabía Leticia. Celia se pasaba las tardes jugando sola en la buhardilla de casa, sobre todo cuando su madre empleaba su tiempo en diversos quehaceres, y por lo tanto Leticia también deseó que en caso de tratarse de una nueva familia recién llegada a aquella casa, hubiera entre sus inquilinos algún pequeñajo que pudiera convertirse en compañero de ratos libres para su hija.

—Pues no sé si vendrá algún niño con la nueva familia, ni siquiera sé si hay una familia —dijo Leticia poco a poco, como tramando un plan mientras hablaba, deteniéndose al final de la fachada de la casa que colindaba con la puerta de entrada de la suya—. Pero, ¿sabes qué? Vamos a investigarlo, mi querida Watson.

Aquellas palabras, dichas con cierto tono guasón y detectivresco, provocaron la sonrisa de Celia, que captó al momento las intenciones de su divertida madre. Así que dejaron las bolsas de la compra en casa y, sin tiempo que perder, se dispusieron a conocer a los supuestos nuevos moradores del vecindario. Celia estaba excitada, era la primera vez que acometería con su madre el importante trance de tener que conocer a nuevos vecinos, presentarse ante desconocidos, quizá tener que dirigirse por primera vez a unos niños que iban a observarla junto a sus padres... *Oops*, entonces pensó que sería mejor quedarse en casa. Leticia debió advertirlo cuando ya salían de su vivienda porque notó cómo Celia se situaba justo detrás ella, abrazándola, parapetándose de cualquier mirada desconocida que pudiera observarla. Dicho de otra manera, las ganas iniciales del plan tramado por su madre se topaban ahora con la realidad de aquella niña tímida y reservada que se daba cuenta de lo que estaba por venir. A Leticia le hizo gracia la reacción de su hija, así que, ya cuando se disponía a pulsar el timbre de la casa de los nuevos vecinos, posó su mano sobre la cabeza de Celia y la acarició con mucho cariño para tranquilizarla.

—Hello? —respondió una voz masculina desde la parte alta de la escalera.

—Hola... —titubeó Leticia al responder, percatándose de que quizá la otra persona no hablase español—. Me llamo Leticia y vivo en la casa de al lado.

—Oh, sorry! Quiero decir, ¡lo siento! —respondió Frank, también un tanto torpón al principio—. Olvidaba que ya no me encuentro en Nueva York.

Lo que siguió a aquella atropellada presentación fue un cordial rato entre los cinco miembros de ambas familias. Tanta fue la conexión que hubo desde el principio, que los recién llegados invitaron a Leticia y a su hija a subir al salón y tomar la merienda con ellos. Fue una agradable tarde. Frank y Diane explicaron algunos detalles de su proyecto de energía solar y los beneficios que conllevaría para la salud de las personas, como ellos lo describían. Mientras, Leticia les habló de ella y de su hija, les explicó cómo llegar a los enclaves del municipio a los que la pareja tendría que ir en los días venideros para efectuar los correspondientes papeleos y ajustes burocráticos, así como la dirección de los lugares de mayor interés turístico para visitar.

A Frank y Diane les gustó mucho la amabilidad y la disposición para ayudarlos que mostró la joven vecina en todo momento, valoraron la sinceridad con la que Leticia les resumió su reciente historia personal y familiar, lo cual conmovió a los recién llegados, y quedaron encantados de su primer contacto con personas de su nuevo entorno. Además, la joven pareja quedó sorprendida de lo bien que ambos se habían defendido en su primera conversación en español, algo que la propia Leticia les reconoció en varias ocasiones durante la merienda: “¡No puedo creer que apenas llevéis dos años hablando nuestro idioma!”, les decía, lo que lejos de generar ínfulas de grandeza en los forasteros, les provocaba algún rubor. Y de esa manera transcurrió el primero de los muchos encuentros que a partir de entonces tendrían lugar entre aquellas dos familias.

Aunque, a decir verdad, hubo algo que no fue todo lo bien que los padres hubieran deseado: la toma de contacto entre Celia y Lucy. Ver cómo las niñas reaccionaban al conocerse era un momento esperado por sus progenitores. Pero la timidez y las pocas palabras fueron las notas predominantes de ese primer encuentro. Timidez por parte de Celia porque conocer nuevas personas no era su hobby favorito, y pocas palabras por parte de Lucy porque,

de alguna manera, todo aquello conllevaba demasiados cambios para ella; demasiados, al menos, para la vida de una niña de ocho años que llevaba pocas horas en su nueva casa, en otro país, hablando en otro idioma con personas desconocidas...

En cualquier caso, aquello no dejó de ser una graciosa anécdota para los padres. Sus pequeñas se miraban, una a la otra, abstraídas de la conversación de los adultos, respondiendo con monosílabos cuando uno de éstos les preguntaba algo. Se observaban de arriba abajo, con la mirada fija, curiosas, sin romper el silencio. Celia no se despegaba del brazo de su madre, como resguardándose bajo su protector regazo en aquella casa ajena. Lucy, sin embargo, aguantaba mejor la presión, no se escondía. Había algo idéntico en sus miradas: ambas percibían lo diferentes que parecían ser. A Lucy, Celia le parecía alta, grande y fortachona, le llamaba la atención su tez morena y su pelo oscuro intenso. Por su parte, a Celia le parecía que la otra niña venía de otro mundo, con su pelo rubio recogido en una coleta, ojos azules, piel blanca casi translúcida y de talla más menuda que ella, más bajita y delgada. A Celia le resultaba extraño que Lucy tuviera su misma edad, pero le llamaba aún más la atención su aspecto frágil.

De esa manera pasó la tarde. Fue así como Frank, Diane y Leticia se conocieron y conversaron por vez primera. Y fue esa también la primera vez que Celia y Lucy estuvieron juntas...

VII. LAS OCURRENCIAS DE UN MAESTRO

Cuando Celia despertó al día siguiente, un pensamiento le vino como un rayo a la mente: “Gigante!”. Acababa de recordar que dos días antes llegó a quedarse dormida en el interior de la casa de su gran amigo, justo antes de proseguir con su búsqueda. De repente notó que estaba preocupada, inquieta por saber qué habría sido de su amigo siberiano, así que se levantó de un salto y se fue a la cocina para desayunar lo más rápido posible y, tras ello, subir a la buhardilla para volver a embarcarse en la aventura. Pero otra persona apareció en su memoria cuando se dirigía a la cocina: Lucy, la niña un tanto misteriosa que había conocido la tarde anterior. Era por eso que, sin darse cuenta, había pasado las últimas veinticuatro horas sin pensar en Gigante.

Casi había terminado Celia de desayunar cuando reparó en que su madre estaba cocinando una tarta. ¿Sería su cumpleaños y también lo habría olvidado por la novedad de tener vecinos? También observó que junto a los imanes y fotos que decoraban la puerta del frigorífico, había un mapa con algunas calles subrayadas en color rojo, así como unas anotaciones en otros puntos del mismo. No habría reconocido de qué lugar se trataba si no se hubiese levantado para leer en la parte superior el nombre de su pueblo. Leticia vio cómo su hija apenas prestaba atención a lo que le decía y sin embargo sí que se fijaba en la tarta que estaba

preparando, al tiempo que se levantaba de su silla para mirar de cerca el mapa que ella misma había puesto en el frigorífico.

—Lo que estás mirando es un mapa callejero del pueblo. He señalado en rojo los sitios a los que iré hoy para intentar encontrar trabajo. Y esta deliciosa tarta —dijo con énfasis mientras añadía jugo de limón al bizcocho— es un pequeño regalo de bienvenida para los nuevos vecinos. ¿Qué te parece?

La madre parecía sentir una motivación especial y, desde luego, se había levantado con las mismas prisas y ganas que su hija aquella mañana, aunque por razones bien distintas... Así que Celia pronto comprendió que su retorno al gran mar siberiano tendría que volver a esperar, porque, según le explicaba su madre, en cuanto terminase de desayunar debía acompañarla a recorrer el pueblo, luego almorzarían fuera de casa, y por la tarde visitarían a los vecinos. A la pequeña no le gustó demasiado el plan propuesto por su madre. Y no solo porque debería prepararse para una larga caminata, sino también porque no acababa de seducirle la idea de volver a pasar toda la tarde en la misma casa en la que estuvieron la tarde anterior.

—¿Puedo quedarme en casa, mamá? —propuso Celia.

—No te dejaré sola en casa y lo sabes —respondió Leticia mientras envolvía con esmero la tarta—. Lo pasaremos bien, enana. Pararemos en el parque para descansar. ¿Por qué no quieres venir?

Celia sabía que no debía responder a aquella pregunta con total sinceridad, porque eso haría que pareciese una especie de niña maleducada que no quería pasar un rato agradable con otras personas... Así que pensó una respuesta brillante e imposible de tumbar...

—Es que todavía no soy tan mayor como para andar por todas esas calles que has indicado en el mapa —dijo la pequeña.

Leticia miró de reojo a su hija, intuyendo sus pensamientos, y no pudo evitar soltar una sonrisa.

—Ajá... Está bien, peque. Tú ganas. Iré yo sola a recorrer mi ruta de hoy y regresaré a la hora del almuerzo. Pero, como comprenderás, si no eres lo suficientemente mayor para venir conmigo, tampoco lo eres para quedarte sola en casa. Así que le pediré a Frank y Diane que te quedes un par de horas con ellos en su casa y de esa forma podrás conocer mejor a Lucy —sentenció la madre, ante la mirada atónita de Celia, quien comprendió que aún no superaba a su madre en términos de astucia.

Los vecinos aceptaron entusiasmados, felices con la idea de que Leticia depositase tanta confianza en ellos tan poco tiempo después de haberse conocido.

—Of course! Déjala aquí todas las veces que necesites, Leticia —repitieron casi al unísono Frank y Diane cuando su vecina les pidió el favor.

Y de esa manera, todavía sin tan siquiera presagiarlo, las dos niñas comenzaron a pasar horas y horas juntas. Si la tarde anterior apenas se dirigieron un recíproco “hola” al conocerse, esta ocasión iba a ser bien distinta...

Habían pasado ya algunos minutos desde que Leticia dejó allí a su hija pero las niñas todavía no habían roto el hielo. Así que Diane le pidió el favor a su marido de que ideara uno de sus alocados juegos para revertir la situación y lograr divertir a las niñas de manera que, poco a poco, comenzasen a interactuar entre ellas. Frank se dispuso a ello: se remangó las mangas de su camisa, susurró al oído de su mujer de manera guasona “observa al maestro”, y se puso manos a la obra. Pidió a las niñas que se sentaran frente a él y comenzó a explicarles las reglas de un nuevo juego. Las instrucciones no debieron parecerle muy entretenidas a su hija Lucy, quien se tapó la cara con la palma de su mano izquierda y comenzó a negar con la cabeza, para sacar a relucir a continuación su arrolladora personalidad.

—Déjalo, papá. Ese juego es para bebés —dijo Lucy mientras resoplaba por el aburrido plan que proponía Frank, antes de

dirigirse a su vecina—. ¿Te vienes a mi cuarto, Celia? Allí tengo muchos juguetes y libros.

—Vale —contestó Celia, dejando patente que ella necesitó muchas menos palabras para mostrar su preferencia por la propuesta de Lucy.

Y con un gesto improvisado, sin pensarlo, Lucy ofreció la mano a Celia, quien se la cogió de manera instintiva, y juntas recorrieron el largo pasillo que conducía al dormitorio. Frank, tras presenciar el desenlace del episodio, miró a su mujer, levantó una ceja y, imitando con su voz al más irresistible de los actores de Hollywood, dijo: “¿Has visto, nena? Siempre lo consigo. I am the best”.

—No sé cómo lo haces pero siempre te funciona —dijo Diane, aceptando la genialidad del plan trazado por su divertido marido.

VIII. LA FORJA DEL PACTO

Eran tiempos difíciles para encontrar un empleo en el pueblo. Leticia repasaba cada día los periódicos de la comarca, escuchaba la emisora de radio local, había aprendido a interpretar aquellos abstractos análisis y tendencias que indicaban cuál era la mejor fecha para buscar trabajo, los sectores que cotizaban al alza, u otros porcentajes de muy diverso significado. Pero parecía que todo aquello servía de poco. De todos los sitios a los que esta joven de inapelable determinación llegaba a preguntar, se desprendían las mismas respuestas: “Lo siento, pero no necesitamos a nadie en estos momentos”, “Déjeme su currículum y se lo pasaré al jefe”, “Venga de nuevo en dos meses, puede que entonces haya alguna vacante”, “No, lo siento. Mucha suerte”...

Sin embargo, y a pesar de esa especie de estribillo de contestaciones que ya se sabía de memoria, Leticia parecía sentir que una nueva etapa comenzaba para ella. Algo le había insuflado suficientes ánimos como para darse cuenta de que estaba cambiando su manera de enfocar y afrontar el camino para encarar la búsqueda de soluciones. Era consciente de que los últimos tiempos habían sido para ella un cúmulo de injustas circunstancias, pero sentía que cada día que pasaba todo aquello iba quedando más lejos. Tenía la sensación de que algo bueno debía estar por llegar... Así era su mentalidad, siempre cimentada en una especie de fuerza impermeable que le servía de motor cada día y que se personificaba en la criatura que cada día la esperaba en casa: Celia.

Leticia cogió aire tras el último “no” de aquella mañana, pensó en la ruta que llevaría a cabo al día siguiente, miró su reloj, y se dio cuenta de que era ya la hora de regresar para preparar el almuerzo. Cuando volvía al barrio, recordó que Celia le pidió, antes de dejarla en casa de los vecinos, que comprase naranjas para comerlas de postre. Le parecía extraño, ahora que lo pensaba, porque aquellas frutas no eran el manjar favorito de su hija... Pero, en cualquier caso, era una buena noticia, así que entró en la frutería que se encontraba a escasos cinco minutos de casa. Y cuando poco después salió de la tienda, se encontró por sorpresa con Diane, que pasaba justo en ese momento por el mismo lugar.

—¡Diane, qué casualidad! —exclamó Leticia.

—¡Hola, Leticia! —respondió, feliz, la neoyorquina—. He subido un momento a hacer algunas compras para el almuerzo. Las niñas están en casa con Frank.

Aunque no había mucha distancia entre el establecimiento y sus hogares, el paseo dio para una larga conversación entre las dos mujeres, quienes poco a poco estaban cimentando una fuerte amistad que no pararía de crecer. Estando ya cerca de casa, Diane le preguntó a Leticia cómo le fue la mañana. Ésta, que hasta entonces había explicado su situación de una forma muy general a sus nuevos vecinos, se encontró de repente muy cómoda en la conversación con Diane. Aquella mujer procedente de un lugar que se encontraba a miles de kilómetros y a quien aún no conocía demasiado, le transmitía una confianza difícil de describir pero que daba la sensación de ser cálida y verdadera. Leticia comenzó a repasar lo que le había deparado la ruta matinal y, poco a poco, explicó su relato en un estado sosegado que le sirvió para dar detalles sin tapujos sobre cuándo y cómo se desencadenó la catarata de problemas. Incluso llegó a decir a su nueva vecina que le preocupaba que su hija Celia pasase cada vez más tiempo sola, en la buhardilla de casa, aunque fuese jugando, que es lo que ella imaginaba en todo momento que estaría haciendo... Con cada

palabra pronunciada por Leticia y tras cada segundo que Diane dejaba pasar mientras escuchaba la historia, se iba firmando un sólido pacto entre ellas. Tanto una como otra sentía que aquellas confidencias estaban forjando de manera tácita una especie de acuerdo sentimental de respeto y ayuda, acuerdo que ambas estaban dispuestas a mantener. Y es que si grande era la comprensión y la sensibilidad que Leticia encontraba en la oyente, no menor resultaba el compromiso con el que Diane aceptaba la confianza inspirada.

Se dieron cuenta de que llevaban ya un buen rato hablando en la puerta de casa de Diane, y miraron sus relojes, pensando que se les hacía tarde porque habían perdido la noción del tiempo. Pero antes de que Leticia llamase a Celia para que ésta bajase y se marchara con ella, Diane quiso dejarle clara una cosa.

—Leticia, quiero que sepas que ya no vas a estar sola en tu lucha —decía la forastera, mirando a Leticia—. Frank y yo vamos a ayudarte en lo que podamos. Te acompañaremos a las reuniones con el banco, revisaremos tu currículum... ¡Lo que sea!

Leticia pareció emocionarse, pero no por los recuerdos de los últimos años que acababa de relatar a Diane, sino porque comenzaba a darse cuenta de la suerte que al fin estaba teniendo con aquellos seres alegres y vitales que la vida parecía haber depositado a escasos metros de su casa. *¿Por qué no? Quizá son ellos los amigos que tanta falta me hacen*, pensó. Y fue entonces cuando Leticia levantó la vista de nuevo y Diane le dijo algo que jamás olvidaría.

—Leticia —concluyó Diane—, si algún día no pudierais seguir viviendo en tu hogar, tú y tu hija podríais venir a vivir con nosotros el tiempo que os hiciera falta. Y así nuestras niñas jugarían juntas cada día...

IX. UNA LLAMADA JUSTO A TIEMPO

Celia no recordaba haber entrado jamás en un dormitorio con tantos juguetes. Miraba a un rincón y a otro, a izquierda y a derecha, y llegó a pensar que su nueva vecina debía haber traído todos los juegos, peluches y libros que tenía en su anterior casa, o incluso parte de los juguetes de los amigos que allá tuviese.

—¿Tú juegas con todo esto? —le salió del alma a Celia.

La pregunta tenía su lógica. El asombro que producía en Celia aquella especie de fábrica de fantasía infantil, con juegos de mesa, álbumes para colorear o pequeños telescopios, le hizo pensar que para un niño podía resultar complicado poder saciar sus ganas de jugar y de pasarlo bien en aquella habitación, y no porque escaseasen las opciones, sino, al contrario, porque resultaba casi imposible saber qué elegir.

—¡Claro! —contestó de manera concisa Lucy, antes de matizar su respuesta—. Bueno, en realidad... Son todos juegos muy chulos pero muchos son de cuando yo era más pequeña. A mí lo que más me gusta es leer libros de animales con mi madre por las noches y jugar con mi padre a imaginar aventuras.

A Celia, que miraba a todas partes mientras Lucy hablaba, le llamó la atención lo último que ésta le dijo: "...jugar a imaginar aventuras con mi padre...". La niña estadounidense no se dio

cuenta de ello, por lo que siguió hablando, presentando de manera detallada el mar de posibilidades que su dormitorio ofrecía.

—Con este balón se juega al fútbol americano —explicaba Lucy, sosteniendo entre sus manos lo que a Celia le pareció una pelota con forma de melón—. Y esa gorra de allí es para practicar béisbol. Mi padre me ha dicho que aquí no conocéis mucho esos deportes, pero son muy típicos en mi país. Y aquello es...

—¿A qué has dicho antes que te gusta jugar con tu padre? —interrumpió Celia.

Lucy, tras dudar un poco mientras trataba de recordar, le repitió que como mejor lo pasaba ella era jugando con Frank a imaginar historias, personajes, lugares lejanos... Y a medida que aquella niña rubia daba más y más detalles de los desvaríos de su padre y de los juegos que ambos representaban, a Celia se le iba dibujando una media sonrisa en la cara. Así que la intuitiva Lucy intuyó que a su nueva amiga también debía gustarle ese tipo de juegos, más acordes a su edad que los muñecos y peluches que tanto les atraían cuando eran más pequeñas.

—¿Juegas tú también a lo mismo con tu madre? —preguntó Lucy.

Y en ese momento Celia no supo qué responder. Porque para ella resultaba difícil de explicar lo que ocurría en el mágico ático de su casa cada vez que preparaba uno de sus viajes. Le resultaba extraño encontrar las palabras precisas para definir lo que sucedía cuando abría el baúl en el que Leticia guardaba los ropajes invernales y las mantas, y emprendía la aventura de trasladarse a ese mundo tan lejano al que tanto le gustaba viajar y que tan diverso se mostraba ante la propia Celia cada vez que ésta lo visitaba. Para Celia, *jugar* era lo que hacía con su madre cada vez que ésta le proponía algo divertido con lo que entretenerse. Pero los viajes que Celia iniciaba desde aquella misteriosa habitación cuando estaba sola... Eso sin duda era otra cosa. Tampoco sabía describir muy bien lo que semejantes aventuras le suponían. Solo sabía que

podía acceder a ellas después de subir al ático y abrir el baúl. Pero, desde luego, tenía claro que aquello no era un juego. Ella vivía esas aventuras; ella viajaba hasta lejanos parajes para formar parte de ellos y conocer a quienes allí vivían. Era, por tanto, la primera vez que estaba tratando de describir a alguien los fascinantes viajes que se originaban en el ático de su casa y que, volando en un incomparable globo aerostático, la llevaban a las tierras nevadas del mar siberiano...

La cara de Lucy era todo un poema mientras Celia trataba de explicarlo. Porque esa respuesta era lo último que la menuda niña esperaba escuchar por parte de aquella vecina tímida, de pocas palabras, a la que ahora se le iluminaba el rostro describiendo seres y lugares que sin duda parecían mágicos. A Lucy le picó la curiosidad y preguntó varias cosas acerca de aquellos extraños viajes que Celia, al parecer, hacía muy de vez en cuando al lejano mar siberiano.

—¿Y qué haces cuando estás sola en el ático? ¿Cierras los ojos y te transportas? —quiso conocer Lucy, sin saber aún muy bien cómo plantear la cuestión.

—No... —dijo Celia—. Algunos días siento que tengo ganas de viajar y es entonces cuando subo a la buhardilla. Y una vez que estoy arriba, salgo a la azotea, miro el paisaje por el balcón, trato de averiguar qué es lo que se ve en el horizonte pero que no alcanzo a distinguir, oigo los pájaros cantar mientras vuelan cerca de mí... Luego entro de nuevo en la buhardilla, cojo del baúl de mi madre todas las provisiones que voy a necesitar, rebusco y me inclino al fondo de ese baúl y, de repente, viajo hasta la orilla del gran mar helado o hasta alguno de los muchos bosques que hay allí, llenos de olivos y tréboles de muchas hojas. Es como si cada vez que viajo lo hiciese a un sitio diferente, como si fueran mundos diferentes, pero en realidad casi siempre llego a los mismos lugares de las tierras nevadas. Y luego recorro sus valles, sus caminos y conozco a los seres de allí, y vivo muchas aventuras...

Pasaron unos segundos hasta que Lucy, con la boca abierta y sin decir nada, reaccionó. Tenía los ojos bien abiertos, tal era el asombro. A cada palabra de Celia le seguía una sensación interior en Lucy de querer saber más y más sobre aquellos viajes que, según ella comenzaba a entender, se originaban en una buhardilla al destaparse un baúl grande lleno de ropa y otros accesorios. Siguió pensando, se sentó en la cama, invitó a Celia a hacer lo mismo, justo a su lado, y tras hacerle mil preguntas sobre los peligros que había vivido en ese sorprendente mundo o sobre qué tipo de criaturas había visto, le preguntó si era posible que justo en ese instante, sin demora alguna, las dos juntas se embarcasen en uno de aquellos magníficos viajes. Celia se quedó un tanto sorprendida por la demanda de Lucy. A decir verdad, reaccionó de manera confusa, porque no esperaba que su nueva amiga le pidiera semejante cosa, o al menos no esperaba que lo hiciera tan pronto.

—Creo que desde aquí no es posible —respondió Celia, intentando razonar su respuesta y sin saber cómo se tomaría Lucy la negativa—. Si quieres viajar conmigo al gran mar siberiano tenemos que ir al ático de mi casa, solas, y abrir el baúl de mi madre sin que nadie lo sepa. Nunca le he dicho a mi madre que viajo sola a un lugar que está tan lejos de aquí.

Así que la pequeña Celia comenzó a trazar un plan para intentar convencer a los padres de ambas de que quedasen una tarde para merendar juntos en su casa, de manera que las niñas pudiesen estar solas en el ático. “Ellos pensarán que estamos jugando o haciendo cosas de niños, y así no nos molestarán cuando abramos el baúl e iniciemos el viaje”, explicaba la experta e intrépida aventurera. Ambas llevaban ya un buen rato sentadas en la cama de Lucy, tramándolo todo, hablando en voz baja para que los adultos no se enterasen de lo que allí se estaba cociendo. Y fue entonces cuando Lucy se centró en querer saber cómo era posible montarse a través de un baúl en el globo aerostático que al pa-

recer solía trasladar a Celia a las tierras siberianas, o qué pasaría si estando ellas en pleno viaje, alguno de sus padres subiera a la buhardilla y abriese el cofre.

—¿Y si no caigo en el interior del globo cuando salte al baúl? —decía Lucy, cada vez más excitada y nerviosa—. ¿Y si cuando lleguemos a ese sitio que dices, algún monstruo viene hacia mí? ¿Y si alguna criatura nos llama cuando menos lo esperemos? ¿Y si...?

Y justo en ese momento sonó la voz de Leticia llamando desde el salón a su hija, lo que provocó que la pequeña Lucy diese un respingo descomunal. Celia tenía que regresar a casa con su madre, así se lo dijo a su nueva amiga, quien lo aceptó mientras trataba de controlar la respiración tras el susto que la llamada de Leticia le produjo cuando ella creía estar en otra parte. Comprendió que por un segundo se había abstraído del lugar en el que se encontraban. La niña neoyorkina sonrió, se mostró tímida, sabedora de que estaban tramando un plan que muy pronto podría llevarlas a algo totalmente desconocido para ella, algo que le producía una atracción irresistible. Lucy y Celia acababan de comenzar a trazar el mapa de su próximo viaje, el cual tendrían que emprender en otro momento.

Pero la aventura no había hecho más que empezar porque, de alguna manera, tanto ella como Lucy sabían que no pasaría mucho tiempo hasta que, juntas, iniciasen el primero de sus muchos viajes al mundo que tan bien conocía Celia y que tanto intrigaba ahora a la pequeña Lucy...

X. EL PLAN PERFECTO

Era mediados de septiembre y llegaba el turno del colegio para las pequeñas. Tras el primer día de clases, Lucy repasó todos los cambios vividos en las últimas fechas. Sin duda, conocer a Celia, de su misma edad y, sin embargo, tan diferente a ella, había sido lo más novedoso. Ni siquiera el comienzo de las clases en otro centro, con nuevos maestros y alumnos, ocupaba tanto en sus pensamientos como aquella tarde en la que su nueva vecina le había hablado de sus fascinantes viajes.

A partir de esos días la rutina cambió para los integrantes de las dos casas. Y no solo porque las niñas estuvieran ya inmersas en pleno curso escolar, así como Frank y Diane metidos de lleno en el proyecto medioambiental, y Leticia moviéndose a un ritmo vertiginoso por cada barrio del pueblo. Si sus rutinas diarias cambiaron fue también debido a que la relación de amistad entre ambas familias crecía por momentos, siendo los fines de semana cuando los cinco pasaban más tiempo juntos.

Para los recién llegados, la adaptación estaba yendo mejor de lo que pensaron al salir de Nueva York. Incluso las primeras revisiones de Lucy con el doctor que llevaría su caso en el pueblo, fueron también del agrado de los padres. En cuanto al proyecto que éstos iban a desarrollar en una zona a las afueras de aquel pequeño y caluroso enclave, suponía muchas horas de duro desempeño, tanto con los equipos que poco a poco estaban instalando en la parcela en la que a partir de ahora trabajarían, como en

casa, donde se encargarían de analizar parte del trabajo de campo realizado.

Por su parte, Leticia seguía a lo suyo en la costosa tarea de tener que encontrar trabajo cuanto antes para mejorar su situación. Sin embargo, era Celia la que más había notado el ajeteo que conllevaron todos los cambios que acaecieron en su vida en los últimos días. La vuelta al colegio, las tareas de clase que repasaba con su madre por las tardes, los nuevos vecinos con los que a menudo solían merendar... Celia veía que disponía de menos tiempo para disfrutar de su espacio, para subir a su ático y para emprender sus viajes. Y no pensaba en otra cosa que regresar cuanto antes. Tenía que volver a viajar porque sabía que le quedaba una tarea pendiente, una misión que le preocupaba más que cualquier otra cosa en ese momento: saber qué habría sido de Gigante.

Una tarde, Celia no pudo esperar más. Estaba en el salón de casa con su madre, haciendo los deberes del colegio. Acabó sin demora todas las tareas, incluso sin haber entendido bien del todo las operaciones de matemáticas que Leticia acababa de explicarle. Recogió los libros y los cuadernos, y cuando metió todo el material en la mochila vio que su madre estaba quedándose dormida en el sofá. Leticia había tenido una extenuante jornada recorriendo el pueblo entero una vez más y haciendo varias llamadas y recados, así que aquella tarde consintió ceder al empuje de una merecida siesta. El momento era propicio para Celia. Esperó un instante más y cuando se cercioró de que Morfeo ya atrapaba en su regazo a su madre, sintió que algo la empujaba a subir a su rincón favorito de la casa y reanudar al fin la búsqueda de su amigo, el gigante siberiano...

Allí estaba pocos segundos después, en el centro de una buhardilla que parecía esperarla con ansias y en silencio. A Celia le gustaba subir cuando percibía el más mínimo agobio en su interior. Allí estaba sola; allí se relajaba; allí, entre cajas de ropa, juguetes de cuando ella era pequeña, una lavadora, una máquina de coser,

bolsas de zapatos de su madre, recuerdos en forma de artilugios de todo tipo que le recordaban a su padre, olores a libros antiguos... Allí Celia estaba tranquila y se sentía bien. La pequeña viajera comenzó a deambular como tantas otras veces hizo, mirando cada rincón de la buhardilla, andando sin prisas, observando lo que ya había observado mil veces antes, cogiendo esto, soltando eso otro. Pero aquella tarde algo parecía ser diferente. Celia notaba que no se encontraba del todo relajada como para dirigirse al baúl y salir del ático. Era como si estuviese distraída por alguna cuestión que no llegaba a recordar. Su cabeza no paraba de rondar algo, cada vez con más persistencia, hasta que de repente lo supo: ¡Lucy!

Recordó que su amiga le había insistido varias veces en los últimos días para que la llamase la próxima ocasión que tuviese planeado viajar a las tierras nevadas, aunque no habían vuelto a disponer del tiempo suficiente para ello. Y Celia sabía que aquella tarde era una buena oportunidad para intentarlo. Así que decidió ir en busca de Lucy. La cuestión era cómo hacerlo sin despertar a su madre, a quien tal vez no le pareciese bien que su hija molestase en casa de sus amigos a tan temprana hora de la tarde. Fue entonces cuando la creatividad de Celia dio otro de sus habituales giros de tuerca. Recordó que las azoteas de ambas casas estaban unidas, tan solo separadas por una pared de escaso metro y medio de alto, y justo al otro lado del muro se situaba el techo abierto del patio que había en la planta baja de la casa de sus vecinos. Si su memoria no le fallaba, la ventana del dormitorio de Lucy comunicaba con el patio. Así, pensó que si llamaba a Lucy desde ese punto en que las azoteas se juntaban, podría hacerlo sin armar demasiado ruido para que su amiga la oyese, siempre y cuando esa ventana estuviese abierta en ese momento. El plan era perfecto, no podía fallar...

Celia pronunció el nombre de su amiga, una vez, dos veces, pero nadie respondía. Quizá debía intentarlo elevando un poco más la voz. Así que eso fue lo que a continuación hizo. “¡Lucy!

¿Estás ahí? Me preguntaba si querías subir y venir conmigo a Siberia”. Esperó con incertidumbre unos segundos para ver qué sucedía. Pero nada. Al parecer, su amiga no oía nada. Iba a darse por vencida cuando, de repente, una voz finita susurró desde abajo, proveniente de las catacumbas del patio.

—¿Celia? Baja y ábreme la puerta de tu casa, voy para allá. Le diré a mis padres que me voy a tu casa para jugar contigo —respondió Lucy.

Lo más complejo ya había pasado. Celia abrió la puerta de entrada pocos segundos después sin provocar que Leticia, tan cansada como estaba, se despertase. Así que no tardaron mucho las dos niñas en estar juntas en el ático de la casa donde todo debía acontecer. Lucy comenzaba a impacientarse... Ahora sí, abrieron el baúl que al fin veía la pequeña norteamericana por primera vez, cogieron prendas que las protegiesen del frío siberiano, Celia asió su percha de madera, Lucy hizo lo propio con un llavero con forma de mariposa del que ya no se desprendería en ninguno de los viajes venideros y que encontró debajo de unas fotos de una motocicleta. A continuación, las niñas se cogieron de la mano y Lucy, temiendo caer en cualquier momento a través del baúl en el interior del globo que le había detallado Celia la última vez, no pudo evitar cerrar los ojos con fuerza esperando el salto en cualquier momento. De repente, y como colofón a una vertiginosa sucesión de emociones, nervios y movimientos descontrolados, Lucy se dejó llevar por donde Celia la iba conduciendo y, al fin, escuchó la voz de su amiga gritando...

—¡Mira, Lucy! ¡Mira el mar helado debajo de nosotras! ¡Escucha las olas! Vamos a aterrizar y luego me ayudarás a encontrar a Gigante —dijo Celia.

Lucy abrió los ojos y miró fascinada lo que sus ojos le mostraban. Viajaba en un enorme y firme globo aerostático cuya cúpula redonda parecía tener vidrieras de todos los colores que pudiera imaginar. El globo estaba ya a escasos metros de aterrizar sobre la

cresta misma de las olas de agua helada que rugían de manera rítmica y calmada bajo sus pies, cerca de la orilla. Celia estaba junto a su amiga y se disponían ya a buscar a aquel misterioso gigante del que tanto le hablaba...

XI. EL PROYECTO ECHA A RODAR

El timbre de casa sonó y Leticia despertó de manera un tanto brusca. Al fin estaba pudiendo descansar, incluso soñar con cosas agradables, aunque apenas recordaba cuándo se había quedado dormida. Aún con la modorra que suele permanecer cuando uno se despierta sin esperarlo, Leticia se dirigió hacia la puerta de entrada, la abrió y vio a sus vecinos.

—Hola, Leticia. ¿Estás bien? —preguntó Frank, observando las mejillas arrojadas y los ojos aún humedecidos de su amiga.

—Oh sí, estoy bien —sonrió Leticia—. Estaba descansando un poco y acabo de despertar hace unos minutos. No os quedéis ahí, pasad chicos.

—Tranquila, solo venimos a por Lucy —contestó Diane.

A Leticia le pareció raro que Diane dijera eso porque, según recordaba, nadie había llamado ni entrado en casa desde que se quedase dormida en el sofá tras ayudar a su hija con las tareas del colegio. Fue Frank quien le explicó que hacía ya un buen rato que su hija fue a su casa para estar con Celia. “Están jugando en la azotea, las hemos escuchado desde nuestro salón”, dijo el padre de Lucy. Tras pensarlo unos segundos, Leticia supuso que su hija, diestra en el arte de hacerlo todo en silencio, no habría encontrado muchos problemas en acometer su plan mientras ella dormía,

algo que en cualquier caso agradeció porque tras la siesta se sentía mucho más repuesta.

Así que, superados los instantes de confusión, Leticia invitó a sus amigos a merendar en su casa mientras las niñas seguían jugando un rato más, a lo que Diane y Frank accedieron encantados.

—¿Cómo va todo, my friend? ¿Alguna novedad en los últimos días? —preguntó Diane, observando el mar de papeles, recibos y facturas que Leticia tenía en un mueble.

—Bueno, ya sabes cómo son estas cosas —contestó Leticia, sin perder el ánimo—. Lo cierto es que me han llamado de algunos sitios para decirme que esta semana me darían una respuesta, pero no dejo de moverme mientras espero. De todas formas, hoy me vais a permitir que no hablemos de mí, sino de vosotros. Me apetece saber qué tal está yendo vuestro proyecto.

La pareja cogió el guante lanzado por su amiga, supusieron que le apetecía evadirse de su situación, al menos por un día, y hablar de otras cosas. Así que mientras la anfitriona de la casa preparaba café con leche para ella y para Diane, y una aromática infusión de menta, limón y jengibre con un poco de canela para Frank, éstos comenzaron a detallar cómo estaban siendo sus inicios trabajando en sus estudios y en la elaboración de los primeros análisis.

—Es fantástico, Leticia —dijo, entusiasmado, Frank—. El clima que tenéis aquí es genial para un trabajo como el que Diane y yo hemos venido a hacer.

—Sí —afirmó su mujer—. Por el momento, lo que estamos haciendo es aplicar todos los planes y diseños a los equipos que estamos instalando. Pero, sobre todo, lo que queremos hacer es analizar y estudiar la combinación de la energía solar con el entorno de este lugar, mejorar el uso de las placas solares y ver cómo podríamos potenciar su rendimiento, adaptar e implantar nuevos equipos de captación de energía solar en otros lugares, y obtener nuevas conclusiones para estudiar en nuestro país...

Leticia se mostraba atenta mientras escuchaba las explicaciones, pero la pareja interrumpió el relato de los detalles porque pensaron que quizá su amiga no estaba entendiendo todos aquellos datos que podían resultar abstractos y complejos.

—¡No, todo lo contrario, chicos! —interpeló Leticia—. Me parece muy interesante lo que queréis hacer. Aquí, tanto en este pueblo como en otros de los alrededores, no le damos tanta importancia al clima porque llevamos toda la vida acostumbrados a *este* sol y a estas temperaturas. Pero es verdad que deberíamos aprovecharlo para exprimir de su energía todo lo que pueda beneficiar a nuestras tierras, a nuestros recursos, e incluso a nosotros mismos.

Aquella respuesta dejó atónitos a Diane y Frank, quienes sonrieron ante el descubrimiento de que lo que hacían resultaba interesante y dinámico para su amiga. La pareja trataba de desgarnarlo todo, siendo conscientes (o, al menos, eso creían) de que no dominaban aún lo suficiente el idioma español como para expresar con claridad todo lo que querían transmitir. Así que semejante reacción por parte de Leticia animó e impulsó a Frank y Diane a seguir profundizando en la razón por la que habían ido a vivir al pueblo.

—Verás, Leticia —dijo Frank mirando a su amiga—, lo que más nos gustaría lograr en el tiempo que estemos aquí es averiguar, más a fondo de lo que jamás se haya hecho hasta ahora, los beneficios que la energía solar puede tener en la salud de las personas. Obtener resultados que no se hayan obtenido hasta ahora y, más adelante, llevar esos conocimientos a las universidades y a los centros científicos...

Leticia asintió, suponiendo de alguna manera que su amigo quería llegar a alguna conclusión con aquellas palabras.

—Quiero decir —prosiguió Frank— que estamos seguros de que si aprovechamos de una manera sostenible y saludable la fuerza del sol, más allá de la vitamina C y otros componentes que

ya conocemos, podríamos mejorar algunos problemas y enfermedades graves que tienen las personas y otros seres vivos...

En ese momento, y mientras el profesor de ciencias seguía hablando, Leticia observó que Diane llevaba ya unos segundos con la mirada perdida, fija en algún punto del salón, con el semblante más serio que su marido. Intuía que había algo en las palabras de Frank que producían cierta tribulación en su mujer, por lo que decidió intervenir.

—¡Pero eso es genial, chicos! —dijo Leticia—. Si he entendido bien, no solo queréis confirmar los beneficios que la energía solar tiene en el desarrollo de la sociedad sino también aplicarla a partir de ahora a nuevos tratamientos saludables destinados a combatir enfermedades. ¿Me equivoco?

—¡No te equivocas, my friend! —exclamó Frank—. Es eso lo que pretendemos. De esa manera podríamos ayudar a muchas personas. ¡Y de esa manera, nuestra hija...!

—Nuestra hija lleva ya demasiado tiempo aquí y aún debe terminar los deberes del colegio, my love —interrumpió Diane, algo nerviosa y sonriendo con un gesto algo forzado—. Se está haciendo tarde y estoy segura de que Lucy lo ha pasado genial arriba jugando con Celia, pero debemos volver a casa. Leticia, muchísimas gracias por el café, estaba delicioso.

Leticia no supo muy bien cómo reaccionar, porque sabía que Diane cortó la explicación de su marido de manera voluntaria. Pero por la forma cariñosa y casi emocionada con la que Diane le dio un beso al despedirse, dándole las gracias una vez más por la merienda y justo antes de llamar a Lucy para regresar a casa, supuso que aquello que llevó a sus amigos a implantar su proyecto en aquel remoto y caluroso pueblo del sur de España, podría responder no solo a objetivos científicos, sino también a otro tipo de motivaciones más personales...

XII. LUCIÉRNAGAS, LEYENDAS Y DRUIDAS

Mientras aquella merienda tenía lugar, muy cerca de allí, a escasos metros pero un piso más arriba, *despegaron* las primeras aventuras de las muchas que a partir de entonces iban a vivir las dos niñas.

Tras llegar el globo a las aguas heladas del mar siberiano, y llevado junto a la orilla gracias a las olas coronadas de espuma plateada, el insólito medio de transporte, capaz de volar y surcar los mares al mismo tiempo, paró en seco. Celia parecía algo contrariada por el punto exacto en el que el globo aterrizó en esta ocasión, que era diferente al lugar en el que la intrépida viajera solía bajarse.

—¿Estamos perdidas? —preguntó Lucy.

—Mmm... No sé dónde estamos pero sí sé que no estamos perdidas —dijo Celia, ya más alegre, mientras bajaba del globo—. Aquí nunca te pierdes. Hay veces que tienes que andar un poco más para llegar al sitio que buscas. Y por el camino seguro que descubrimos nuevas cosas alucinantes.

En efecto, el lugar en el que estaban las niñas no era la gran *Nave Plateada* donde, según Celia le había dicho a Lucy varias veces, vivía su amigo. Estaban en una parte de la orilla desconocida para la experta en esos paisajes, con una tierra fina y blanca a sus

pies, tan blanca como la nieve que rodeaba los valles y montañas que a lo lejos se vislumbraban. A pocos metros de donde ellas se encontraban, podían distinguir un sendero muy estrecho, un caminito de tierra de color claro y vivo, se diría que marrón, casi rojo. El sendero se perdía en el horizonte y la vista de las aventuras no alcanzaba a reconocer adónde conducía.

—Vamos por ese camino de tierra roja —dijo Celia, poniéndose al frente de la reducida comitiva—. No sé a qué dirección lleva pero seguro que al final encontramos a Gigante.

Iniciaron así una ruta que al principio parecía interminable pero que poco a poco las conduciría al primero de los destinos que el viaje tenía preparados para ellas. Mientras caminaban, Celia le contó muchas cosas a Lucy, entre otras, el porqué de su aprecio por su amigo Gigante, el tipo de aventuras vividas en ese mundo o las ganas que tenía de viajar con ella a partir de ahora. Hablaron de muchos asuntos, y también lo hicieron sobre lo que les desconcertaba o no entendían sobre sus propios padres. Por ejemplo, Lucy dijo no comprender qué novedades eran aquellas por las que sus padres preguntaban cada día a Leticia, así como por qué la propia Celia se mostraba aún callada y tímida cada vez que se reunían todos juntos para merendar. Por su parte, Celia preguntó con mucho tacto a Lucy sobre la tez tan blanca de su piel, al tiempo que no encontraba la lógica a que los padres de su amiga hubieran llegado desde su país para investigar el sol, cuando, según tenía entendido, el sol que se alzaba cada día en el pueblo debía ser el mismo que existía en Nueva York... Ninguna lograba encontrar la causa que respondiese a las preguntas que la otra planteaba, pero Celia concluyó que no debían preocuparse lo más mínimo sobre todas esas incógnitas porque en pocos instantes contarían con la inestimable comprensión y sabiduría de su amigo siberiano.

Aunque para ello, antes debían encontrarle. Y cuando repararon en el punto del sendero en el que se encontraban, éste había

concluido. Frente a ellas, a no muchos metros, vieron, sorprendidas, una especie de taberna. El local parecía estar abarrotado y tener muy buen ambiente porque, desde donde estaban las niñas mirándolo, se oía todo el jolgorio que llegaba desde el interior, con música y palmas resonando a lo lejos, y gente cantando. Tanto caminar había hecho que la luna ya asomase al fondo de las montañas, anunciando la llegada de la noche, así que decidieron entrar en la taberna para descansar un poco. El local estaba formado por bellos troncos de madera de diferentes tipos, tonos, barnices y detalles tallados, tanto por fuera como por dentro, según advirtieron poco después. En la parte superior del quicio de la puerta de entrada, un coqueto letrero decía: *La Taberna de las Luciérnagas*.

—¿Estás segura de que quieres entrar aquí? —preguntó Lucy a su guía justo antes de abrir la puerta.

—Claro —respondió Celia con total seguridad—. Quizá haya alguien aquí que conozca a Gigante y pueda decirnos dónde está. Y, mientras, podemos comer y bailar.

Así fue como las dos niñas entraron en *La Taberna de las Luciérnagas*. Y no tardaron en averiguar el porqué del nombre. Maravilladas, vieron que cientos de diminutas luciérnagas y saltamontes volaban y saltaban por todas partes. Como si de una espesa nebulosa se tratase, un sinfín de aquellas pequeñas y graciosas criaturas se movían en rapidísimos brincos desde las mesas hasta los sombreros de quienes allí estaban, o desde las lámparas de madera que colgaban del techo y daban lumbre al lugar con sus ruedas de velas olorosas, hasta la barra donde los taberneros no paraban de servir las bebidas. Pero lo que más sorprendió a las dos amigas fue que nadie parecía estar incómodo ante la presencia de aquellos seres alados. Todo lo contrario, las luciérnagas y saltamontes eran algo así como los dueños de aquel vasto local y servían de divertimento para los que cada día se congregaban en el recinto con ganas de pasar un buen rato con sus familias y amigos, bailando al son de una música que nunca paraba de sonar.

—¡Sentémonos en aquella mesa junto al escenario! —dijo Celia.

A escasos metros del atril donde los músicos actuaban, había una mesa pequeña que, no obstante, podía albergar sin problemas la presencia de las dos niñas. El grupo que hacía las delicias de los asistentes estaba formado por cuatro personas: tres hombres casi ancianos pero muy joviales, casi idénticos, con sus trajes de tirantes, camisas de rayas y barbas blancas como la nieve, y una mujer también bastante mayor que, sin embargo, bailaba con la agilidad de un galgo. La experimentada bailarina marcaba con acompasados taconazos en el suelo el ritmo de la música interpretada por violines, banjos y tamborcillos a cargo de sus tres compañeros, quienes tocaban a un ritmo vertiginoso.

—¿Qué van a querer mis alegres señoritas para beber, o para comer, o mejor aún, para beber y comer? —preguntó de repente la tabernera alta y gruesa, de cara rechoncha y risueña, que se encargó de atender la mesa de nuestras protagonistas.

—Una limonada de mora y zanahoria —dijo Lucy sin dudarlo un instante.

—Eeeh... —la tabernera posó la parte superior del lápiz con el que cogía las comandas en su regordeta nariz, señal inequívoca de que era la primera vez que alguien le demandaba esa bebida—. No estoy segura de que dispongamos del brebaje que me pide, joven de cabellos dorados. Pero en esta taberna no hay nada que no podamos servir, así que... ¡Marchando una *Lucymonada*!

“¡Oído!”, sonó a lo lejos la voz de alguno de sus compañeros, en la barra. Lucy, quien se preguntaba de qué manera pudo saber la tabernera cómo se llamaba, quedó fascinada con la idea de que una bebida llevase su nombre, y a renglón seguido abrió los ojos como platos y cogió del brazo a Celia, gritando exultante de alegría: “¡Celia, este sitio es muy divertido!”. Fue la primera vez que Lucy se convenció de que ese mundo increíble y fantástico que le narraba Celia desde poco después de conocerla, era algo

mucho más especial que lo que al principio ella consideró como un simple juego...

—¿Y para nuestra intrépida Celia? —preguntó de nuevo la grandullona tabernera.

—Yo también quiero probar la *Lucymonada* —respondió Celia ante la sonrisa cómplice y orgullosa de quien daba título a aquella nueva bebida—. Y para comer nos gustaría probar lo más rico de la carta de la taberna, por favor.

—¡Marchando la especialidad de la casa para la mesa de la señorita de cabellos dorados y la intrépida Celia! —se despidió la tabernera, quien, para mayor asombro de las niñas, se movía de un lado a otro llevada casi en volandas por las luciérnagas y por los saltamontes...

En aquel bullicioso lugar todo resultaba mágico y enérgico para la pequeña Lucy, quien ahora disfrutaba al máximo de todas y cada una de las sorpresas que la aventura le estaba deparando en compañía de Celia. Bebieron la deliciosa limonada cuyo nombre hacía honor a quien la creó al formular su petición, comieron unos riquísimos buñuelos de queso y espinacas, degustaron patatas horneadas, pan artesanal, golosinas de miel y, para terminar, yogur casero de pasas y pistacho. Bailaron al trepidante son de aquella música alegre y popular, e incluso aprendieron el estribillo de una de las canciones que en ese momento todos los allí presentes coreaban juntos. El estribillo decía así:

*“¡Desde el mar hasta la montaña,
desde el mar hasta el río Lee;
salta, corre, conoce bosques,
salta, corre y sé feliz!”*

Celia y Lucy no recordaban la última vez que lo pasaron tan bien. Les hizo gracia que casi todos los que allí bailaban, comían y bebían, tuvieran el mismo aspecto, muy parecidos a la tabernera encargada de atender su mesa: cara redonda, nariz y mejillas rosadas, barba blanca en el caso de los hombres de más edad, todos

sonrientes, tanto los jóvenes como las mujeres, niños, perros y gatos. Todos tenían cabida en aquella alegre taberna. Y todos, aunque no se conociesen entre sí en algunos casos, se invitaban unos a otros. Espumosas bebidas y deliciosos manjares volaban de la barra a las mesas sin control alguno, sin saber los receptores en las mesas de parte de quién venían las viandas. Todo parecía caótico pero, como uno de aquellos simpáticos ancianos dijo a las niñas, en realidad se trataba de “un descontrol controlado”.

Cuando al final de una de las canciones Celia y Lucy se sentaron junto a su mesa para descansar y recuperar el aire que les faltaba tras el baile y las risas, se miraron, y casi al unísono pensaron y dijeron: “¡Gigante!”. Tanto estaban disfrutando en la taberna que casi olvidaron el propósito de la ruta, así que tan pronto como la tabernera pasó de nuevo junto a la mesa, Celia le pidió con amabilidad que se acercase y la pequeña preguntó: “¿Sabe usted dónde puedo encontrar a mi amigo Gigante?”. La pregunta cogió desprevenida a la interrogada, quien no pudo evitar esbozar un gesto que denotaba algo de tristeza en su rostro.

—Nadie sabe dónde está ahora el bueno de Gigante, señorita —contestó la tabernera—. Al parecer, las tropas de la Guardia Real fueron un día a *La Nave Plateada* para decirle que ya no podía seguir viviendo allí, así que Gigante se fue a otra parte. Pero no sé adónde...

Lucy miró preocupada a su amiga, quien poco a poco bajó la dirección de la mirada. Pero, de repente, la amable mujer pareció recordar algo.

—¡Espera! Ahora que lo pienso —la mujer acaparó de nuevo la atención de las dos niñas—, un cliente vino hace unos días y dijo a uno de mis compañeros que cerca del bosque habita una joven bruja que a veces puede ayudarte con todo aquello que quieras saber. A lo mejor, ella pueda deciros algo.

—¿Y sabe usted cómo ir al bosque? —preguntó Lucy.

—¡Por supuesto! Mirad, al salir de la taberna veréis un estrecho sendero de arena rojiza, aquí lo llamamos *El sendero de las*

amapolas —explicaba la mujer—. Lo veréis sin problemas porque se inicia a los pies de un gran árbol del naranjo, nuestro árbol protector, de los que existen tan solo dos ejemplares de semejante tamaño en las tierras del mar helado. Nadie de por aquí sabe bien dónde está el otro gran naranjo pero, al parecer, quienes habitan la aldea donde se encuentra el naranjo gemelo recitan una leyenda que dice que...

Y justo en ese momento, Celia interrumpió a la tabernera para recitar la leyenda: "...que dice que quien encuentre por coincidencia, y no porque lo busque, el único ejemplar gemelo del gran naranjo que existe en alguna otra aldea de las tierras siberianas, volverá a presenciarlo algún día tras conocer lugares que nadie más podrá conocer y tras vivir aventuras que nadie más podrá vivir". La inesperada intervención de la pequeña Celia provocó la sonrisa de la mujer, a quien le sorprendió poder conocer, al fin, a alguien que hubiese visto los dos ejemplares gemelos del respetado árbol protector.

—¡Un fuerte hurra para la intrépida Celia, la primera persona de cuantas han visitado *La Taberna de las Luciérnagas* que ya ha visto al hermano de nuestro árbol protector! —gritó la mujer dirigiéndose a todos los allí presentes, lo que provocó el estallido de una fiesta aún mayor a la que de por sí estaba teniendo lugar.

Celia estaba tan encantada de ver la felicidad que aquel descubrimiento había supuesto para todas aquellas personas que de nada la conocían, que volvió a olvidar el propósito del viaje. Así que esta vez fue Lucy, que en ese momento se divertía mientras unas crías de luciérnaga no paraban de saltar sobre sus cabellos dorados, quien volvió al meollo del asunto.

—Entonces, señora tabernera —dijo Lucy—, ¿podremos llegar al bosque donde se encuentra la bruja a través de *El sendero de las amapolas*?

—¡Oh, perdón! Lo había olvidado, chicas —respondió la mujer—. Así es, una vez paséis junto al gran naranjo solo tendréis

que seguir allá donde os lleve el sendero. Y, al final, veréis los primeros árboles del bosque.

—¡Gracias! —exclamó Celia mientras cogía del brazo a Lucy, antes de salir de allí veloces como liebres, entre los saludos de todos cuantos abarrotaban *La Taberna de las Luciérnagas*, quienes las despidieron al grito de “¡Buena suerte, chicas!”.

Cuando salieron de la taberna apenas se percataron de que en el exterior volvía a ser de día, a pesar de haber entrado en el local justo cuando comenzaba a anochecer. Las viajeras divisaron el esbelto naranjo que, sin entender cómo, no vieron al llegar, aunque bien pudo deberse al hecho de no haber entonces luz suficiente. Pasaron a sus pies, que formaban sus raíces poderosas, y emprendieron el camino por el estrecho sendero de tierras rojas. No llevaban ni diez metros recorriendo la nueva ruta cuando Lucy se preguntó en voz alta: “Un momento, ¿cómo vamos a ir de nuevo por el sendero por el que vinimos?”. Pero Celia, que estaba a su lado y escuchó aquellas palabras, le contestó.

—No te preocupes, Lucy. Aquí en las tierras siberianas puedes hacer varias veces el mismo camino porque no siempre te llevan al mismo destino —razonó la pequeña de cabellos oscuros.

Lucy no acabó de entender muy bien (al menos, en ese momento) lo que Celia quería decir con aquello de que los caminos en Siberia, siendo los mismos, podían llevar a destinos diferentes. Y con esa duda siguió andando hasta que, en efecto, algunos minutos más tarde las dos niñas vieron una pequeña colina en cuya cima se distinguía una especie de cabaña de piedra y paja. Al pasar a los pies de la colina, Celia y Lucy escucharon la voz aguda y desafinada de un hombre que parecía ya anciano y que cantaba, rebotante de alegría, desde el interior de la cabaña algo así como:

*“¡Ni casa ni cabaña,
ni posada ni hotel;
una cueva es el sitio...
...donde como mi pastel!”*

*¡Ni loco ni anciano,
ni magia quiero hacer;
un druida es lo que soy...
...y lo que quiero ser...!”*

Las dos amigas se detuvieron, se miraron e incluso Lucy soltó una sonora carcajada. El gracioso anciano parecía no percatarse de que tenía visita, así que se disponía ya a recitar otra de sus curiosas poesías cuando una voz le sorprendió.

—¡Hola, señor! —dijo Lucy, al pie de la colina, gritando para asegurarse de que el anciano pudiese escuchar su voz desde la cabaña.

—¡Oh! ¿Quién va? —respondió la estridente voz desde el interior de la pequeña morada, a lo que las niñas respondieron pronunciando sus nombres.

—¡Ajá! *Cecy* y *Lulia*, os estaba esperando. ¡Bienvenidas a *La Cueva de los Druidas*! —dijo en tono alegre el hombre, quien a renglón seguido salió de la cabaña para saludar a las niñas.

Las pequeñas aún reían al pie de la colina al escuchar cómo aquel hombre un tanto despistado había cambiado y mezclado sus nombres. El druida llamaba la atención también por sus atuendos, con sus pantuflas que imitaban las garras de un tigre, un pijama cuya camisa le llegaba hasta la rodillas, una larga barba blanca y una capucha azul cuyo pico le caía sobre los ojos. En suma, la presencia de aquel personaje provocó la risa de las viajeras, lo que para sorpresa de éstas no supuso que el hombre se lo tomase a mal...

—¡Sí! ¡Risas, risas! Eso es lo que necesita el mundo. ¡Risas! —comenzó a gritar el anciano, quien de repente comenzó a brincar y a cantar mientras las niñas, que no paraban de reír, le acompañaban con palmas:

*“¡Risas, risas, risas,
Cecy y su amiga Lulia;
risas, risas, risas...
...ríen sin parar bajo la lluvia!”*

—¡Señor! —dijo de repente Lucy, aún recuperándose del ataque de risa provocado por las ocurrencias de aquel simpático viejecito—. ¡No está lloviendo!

—Cierto es, joven Lulia, pero nada más bello hay en este mundo que unas finas gotas de agua cayendo con persistencia desde el cielo para alegrarnos el corazón, ¿me equivoco? Así que imaginad que bailáis mientras no para de llover —decía el anciano, feliz por la visita de las niñas, mientras seguía cantando:

*“¡Risas, risas, risas,
Cecy y su amiga Lulia;
risas, risas, risas...!”*

—¿Podría usted indicarnos cómo llegar al bosque, señor? —preguntó de repente Celia, intuyendo que si no insistía podría pasar mucho tiempo hasta que el alegre cantarín dejase de recitar rimas.

—¿Al bosque? A ver, a ver... ¡Ah sí, el bosque! Tenéis que seguir por aquella dirección —el druida les señaló con el brazo— y dejaros guiar por el olfato.

A las niñas les pareció raro aquello de dejarse llevar por el olfato pero tras todas las locas aventuras que estaban sucediendo ese día, ya pocas cosas podrían extrañarles. De hecho, el camino que les indicó el anciano implicaba tener que recorrer de nuevo el sendero por el que acababan de llegar, procedente de *La Taberna de las Luciérnagas*. Pero Lucy ya había aprendido la lección y sabía que algo nuevo podría ocurrir.

Las aventureras reemprendieron la marcha, esta vez empleando la brújula del olfato que las llevase al bosque. Y tras despedirse del druida, éste les gritó una vez más, ya a lo lejos: “¡Adiós, Cecy! ¡Hasta pronto, Lulia!”...

XIII. LAS FUERZAS SE DESVANECEN

Pocos días después, la mañana amaneció muy lluviosa en el pueblo. El otoño comenzaba y una de las típicas tormentas que anuncian el declive del verano hizo acto de presencia. Los habitantes de este pueblo sureño echaban de menos las precipitaciones, remedio sanador para la aridez de los campos, aunque las tormentas de aquella mañana no suponían la mejor de las noticias para sus cultivos. Pero si por algo más resultó molesta aquella tormenta, fue por la incomodidad que las madres y padres tuvieron que sortear para llevar a sus hijos al colegio. Ese fue el caso de Diane y Leticia, quienes ese día fueron juntas, en el coche de la estadounidense, a llevar a sus pequeñas al colegio, con el consiguiente atasco de tráfico que suele formarse en las cercanías de las escuelas los días de lluvia.

Ese contexto, caótico a las afueras del límite que marcaba el vehículo donde iban las cuatro, contrastaba con el ánimo que se vivía en su interior. Diane (cada vez más suelta en el manejo del idioma español) y Leticia conversaban sin alterarse por el claxon de otro coche que sonaba a sus espaldas ni por los padres que bajo el amparo de los paraguas cruzaban con sus hijos por cualquier punto de la calle. A esa conversación calmada pudo ayudar el hecho de que antes, nada más entrar en el coche al salir de casa, cada una de ellas le dijera a la otra que, una vez las niñas se quedasen

en el colegio, tenían algo importante que contarse. Y en el asiento trasero... ¿Qué ocurría mientras tanto en la parte de detrás del automóvil? Celia y Lucy parecían estar absolutamente abstraídas de todo lo que las rodeaba:

—¡Qué gracioso el druida confundiendo nuestros nombres! —decía Lucy, riendo a carcajadas.

—Hoy tenemos que viajar de nuevo, porque el último día tuvimos que volver y no pudimos encontrar a Gigante —puntualizó Celia.

Ellas no se dieron cuenta pero sus madres las escuchaban mientras decían esas palabras. Leticia volvió a mirar a Diane, quien le preguntó, con cara de no enterarse de nada: “¿De qué están hablando?”.

—No tengo ni idea, Diane. Pero sea un juego o sea lo que sea, parece que se lo pasan bien —contestó sonriendo Leticia.

El automóvil llegó a su destino y la propia Leticia fue quien se bajó del mismo para llevar a las pequeñas, a la carrera, hasta el interior del colegio. Diane le indicó dónde aparcaría el coche para esperarla, en un callejón a las espaldas del colegio, alejado del estrés y del mar de vehículos que se amontonaban a esa hora en las rúas en torno al centro. Ya de vuelta, Leticia fue la primera en hablar.

—Bueno, Diane, me dijiste antes de salir de casa que tienes algo que decirme —dijo la joven madre.

—Ok, my friend —comenzó a decir Diane—. Anoche, no muy tarde, Frank y yo estábamos cocinando cuando un buen amigo nos llamó por teléfono desde Nueva York para ver qué tal estábamos. Nosotros le contamos cómo nos va todo por aquí, cómo está siendo la adaptación, cómo se encuentra Lucy... Y también le hablamos sobre nuestra mejor amiga aquí, es decir, sobre ti.

Leticia miraba a Diane algo desconcertada y es que, no sabía por qué razón, pensaba que su amiga le daría alguna mala noticia.

No se explicaba de otra forma el que hubiese preferido esperar que las niñas saliesen del coche. Pero, por el momento, nada negativo parecía haber en las palabras de Diane, así que continuó escuchando a su amiga.

—Le comentamos un poco sobre tu situación —siguió Diane— y nuestro amigo nos recordó que, como tú sabrás, hay una base militar de nuestro país cerca de aquí. Y nos dijo que en las oficinas de la base suelen tener empleada a gente de los pueblos de alrededor, para los puestos administrativos y para tramitar las gestiones con las instituciones locales. No sé, he pensado que sería una buena opción que preguntases allí. Frank y yo podríamos dar buenas referencias de ti.

Leticia no decía nada, señal de que no sabía muy bien qué contestar ante la idea de su amiga. Así que, mientras pensaba en dicha posibilidad, Diane seguía explicándole lo que había pensado en las últimas horas.

—Frank y yo te ayudaríamos si tuvieses que rellenar formularios en inglés —decía Diane—. Y en cuanto a ir al lugar, mi marido me dijo que no está tan lejos de la parcela en la que nosotros estamos trabajando, así que no nos importaría llevarte en nuestro coche cada mañana. Tengo el número de teléfono al que tienes que llamar, o incluso yo puedo hacerlo en tu lugar, si así lo prefieres... ¿Qué piensas, my friend?

Leticia, tras escuchar en silencio, miró con decisión a Diane y acabó por aceptar el reto. Y se animó a ello no porque tuviese demasiada fe en cuál iba a ser la respuesta, sino porque aquella misma mañana había recibido otra llamada de teléfono, ésta más inquietante, sobre la que también quería hablar con su amiga. Así que eso fue lo que hizo. Marcó en su teléfono móvil el número que Diane le dictó y antes de realizar la llamada le pidió a su amiga el favor de que a continuación se dirigiesen a la oficina del banco.

—¡Por supuesto, my friend! Iré allí contigo —contestó sin dudarle Diane—. De hecho, podemos ir ahora al banco y puedes telefonar más tarde, o...

—No importa —contestó Leticia—. Puede que tenga suerte y al fin consiga que me citen para una entrevista de trabajo. Quizá, quién sabe...

Leticia dijo esas últimas palabras con cierta ironía y sarcasmo, anhelando recuperar una vida simple y tranquila, la vida que tenía en sus inicios en el pueblo. En cualquier caso, la joven se armó de energía, soltó un “vamos allá” y marcó el número de teléfono en su aparato. Diane, quien no podía salir al exterior del coche porque en ese momento apretaba la lluvia, pensó que lo mejor que podía hacer para no distraer a su amiga ni para parecer que estaba pendiente de ella, era leer unos papeles que tenía en la guantera, aunque una y otra sabían que a pesar de mirarlos, darles la vuelta, volver a guardarlos y coger nuevos papeles, la buena de Diane no estaba leyendo nada en particular. Lo que a continuación siguió fue una de aquellas conversaciones cuyo inicio es ameno y esperanzador para el demandante de empleo pero que a medida que avanza torna hacia un tono de voz en la aceptación de las cosas que llevó a la neoyorquina a presagiar un final no muy feliz.

—Muy bien, gracias de todas formas y que tenga un buen día —dijo Leticia justo antes de dar por acabada la conversación.

Diane miró a su amiga, aunque no hizo falta que le preguntase para que Leticia supiera lo que quería saber.

—No ha podido ser —dijo Leticia—. Todo iba bien, incluso ha llegado a decirme que mañana mismo podría recibirme para una entrevista e incorporarme al trabajo la próxima semana porque justo ahora están buscando a una persona para un puesto... Pero necesitan que esa persona hable inglés. Así que el resto me lo sabía de memoria. El caso es que no puedo trabajar allí, pero lo he intentado, de eso se trata, ¿no?

—¿Cómo? —exclamó Diane, que estaba más contrariada por el tono de dejadez de su amiga que por el motivo de la negativa—. ¡Eso no es un problema, Leticia! ¡Yo puedo enseñarte inglés poco a poco! ¿Por qué has dicho que no? ¡No lo entiendo!

—La entrevista era para mañana mismo. ¡No puedo aprender otro idioma en un día! —dijo Leticia, antes de mirar a su amiga y seguir hablando, esta vez más calmada—. Diane, agradezco muchísimo la manera en que tú y Frank os estáis implicando para ayudarme, pero, no sé, empiezo a creer que... Ahora ha sido el idioma, otras veces es otra cosa. Comienzo a cansarme de todo esto... Vamos al banco, por favor, veamos que quieren *mis amigos*, que me digan lo que me tengan que decir, y luego en casa hablamos con más tranquilidad, ¿de acuerdo?

Diane comprendió lo que su amiga quería decirle. Comprendió que aquella mujer comenzaba a agotar su paciencia y supo que lo mejor que podía hacer en ese instante era arrancar el motor de su coche y darle unos minutos para que se tranquilizase. No tardaron mucho en llegar al destino, pensó Diane, quien no estaba cómoda con la sensación de que su amiga fuese acumulando tensión a medida que se acercaba el momento de bajar del automóvil y afrontar la reunión con el director de la sucursal, reunión a la que Diane pudo asistir para acompañar a Leticia. El encuentro no se alargó demasiado, fue breve. Porque breves fueron los instantes que aquel señor necesitó para comunicarle a Leticia que sus últimos intentos por renegociar la deuda no habían sido fructíferos y que mucho se temía que tendría que proceder a acelerar el proceso de desahucio. Diane, que en las últimas semanas había contactado con las asociaciones que estaban ayudando a Leticia y que, además, se había informado sobre la problemática, esperaba una respuesta enérgica de su amiga. La miró, ésta no dijo nada. Volvió a mirar al director de la sucursal, y sintió que no podía seguir callada.

—Leticia, di algo —reaccionó Diane, antes de dirigirse al hombre en un tono serio y contundente—. Oiga señor, ¿sabe usted que lo que están haciendo con sus cláusulas es engañar a la gente? En otros países, por ejemplo en el mío, existen otras opciones para estos casos. ¡Al menos, podrían asesorar mejor a las personas!...

—Perdone, señora... —intentó retomar la palabra el hombre, asombrado por semejante reacción o quizá sonrojado por lo que estaba escuchando, pero el vendaval de preguntas incómodas que le lanzaba Diane no había hecho más que empezar.

—¿Advirtieron ustedes a mi amiga y a su pareja de todas las condiciones antes de firmar los papeles? —repetía Diane, cada vez más alterada—. ¿O les dijeron aquello de: *tampoco hace falta*? I can't believe it!

Tuvo que ser otra empleada de la sucursal la que, justo en ese momento, entrase en la oficina porque las voces de la conversación estaban resonando en cada rincón de la sede. La mujer irrumpió en aquella pequeña sala cuadrangular que tenía las persianas echadas para que nadie pudiese observar la escena desde el exterior, y se encontró a una joven con la cabeza agachada y sin decir nada, así como a otra mujer inclinada sobre la mesa de su director, quien a duras penas lograba aguantar las embestidas dialécticas de ésta.

—¡Por favor! Toda la gente que está ahí fuera está pendiente de vosotros —susurró nerviosa y un tanto irritada la mujer desde la puerta, mirando a su jefe.

—Disculpe, señorita. Nosotras ya nos íbamos —dijo de repente Leticia.

Y así fue. Segundos después, las dos amigas abandonaron la reunión. Se metieron en el coche, se dirigieron a casa, todo ello en poco más de cinco minutos en los que ni una ni otra articularon palabra alguna. Diane, al volante, miraba de reojo a Leticia, con ganas de reprocharle la falta de combatividad que ésta mostró en la oficina. Pero sabía que no tenía derecho a hacerlo porque a nadie le estaba doliendo tanto como a la propia Leticia el transcurso de todos aquellos acontecimientos. El coche llegó al lugar donde la norteamericana solía aparcar, cerca de su domicilio, y el motor dejó de sonar, aunque ninguna de las dos se movía ni decía nada.

—¿Te das cuenta, Diane? —dijo al fin Leticia, mirando al frente, con los ojos empañados y sin apenas fuerza en la voz—.

Echo de menos estar con mi familia en casa, estoy exhausta de buscar trabajo, cansada de ir a la oficina de la sucursal y acabar discutiendo... Pero nada me duele tanto como pensar en el momento en el que tenga que explicarle a Celia que tenemos que irnos. ¡Ella es feliz aquí, joder! Sobre todo ahora que Lucy, Frank y tú estáis con nosotros.

Diane no supo qué decir, pero hizo lo que sentía que tenía que hacer. Agarró las manos de Leticia, las apretó con las suyas, miró a los ojos de su amiga obligando a ésta a devolverle la mirada, y empezó a hablar con determinación.

—Escúchame bien, Leticia. Pase lo que pase, ya nunca más estarás sola. Ni tú ni tu hija. Celia y tú tenéis ahora otra familia, nos tenéis a nosotros —decía Diane, emocionada pero firme—. Ahora tenemos que ser fuertes y seguir luchando. Y tenemos que ayudarnos, my friend, porque... Porque nosotros también os necesitamos.

Leticia parecía embargada por los nervios y por la incertidumbre del momento, pero fue la última frase pronunciada por Diane la que llamó su atención, notando que su vecina quería decirle algo importante. Leticia miró a Diane justo en el instante en el que, sin saber por qué, se le vino a la cabeza la imagen de Lucy. Y de repente...

—Leticia, Lucy está... Lucy está muy enferma —soltó Diane, y fue entonces ella quien no pudo aguantarle la mirada a su amiga.

XIV. LAS ENSEÑANZAS DE LA BRUJA

Aquella mañana lluviosa se hizo eterna para las dos pequeñas amigas en el colegio. Les gustaba estar en el aula con sus compañeros y escuchar las explicaciones de los maestros, pero sus memorias les recordaban de manera incesante las maravillosas aventuras vividas el último día que tuvieron la oportunidad de viajar a las tierras del gran mar siberiano. Desde entonces, nada más habían vuelto a saber de aquellos entrañables paisajes, pero no dejaba de crecer en lo más profundo de los deseos de ambas niñas la necesidad de volver a vivir la fuerza que transmitían esos fascinantes lugares cuando se transportaban hasta allí. Fue así como Celia y Lucy salieron a las dos de la tarde disparadas en dirección a la puerta del colegio, donde Frank las esperaba en esa ocasión. No llovía a esa hora, así que el padre de Lucy decidió que irían a casa caminando, aprovechando que un sol repentino y brillante salió a esa hora de la tarde para suceder a la fuerte lluvia que había caído durante toda la mañana. Si algo recordaría Frank de aquel camino de regreso a casa es que las niñas iban delante de él caminando con ganas de llegar a casa, hablando sin parar acerca de un gigante, de un camino de tierras rojas o de un viejo loco cantarín. Frank no entendía nada pero se divertía al ver lo bien que lo pasaban las dos niñas, ya inseparables, hablando de historias tan imaginativas como las que él solía idear para su hija.

Aquel día, tanto Lucy como Celia engulleron el almuerzo en sus respectivos hogares. También breve fue el tiempo que emplearon en acabar las tareas de clase, lo cual agradó a sus progenitores, no solo porque, por lo general, las niñas solían tardar más tiempo en terminar los deberes sino, sobre todo, porque ni Leticia ni el matrimonio eran muy favorables a la idea de que sus hijas llegasen a casa con demasiadas tareas que realizar todos los días, sin respiro alguno. Preferían que sus hijas tuvieran también más tiempo para hacer aquello que más les distrajese en su tiempo libre. Y eso era, cómo no, estar juntas.

—¡Ya abro yo, mamá! Es Lucy —dijo como un resorte Celia cuando escuchó sonar el timbre de casa.

—Está bien. ¡Pero asegúrate y pregunta antes de abrir! Y llámame si es alguien que no conoces —respondió su madre.

Apenas acababa de pronunciar la frase Leticia cuando ya las dos pequeñas subían, casi volando como flechas, las escaleras que conducían a la buhardilla. Una vez allí, Celia abrió la tapa del viejo baúl, cogió una manta que se colocó como si de una capa se tratase, y no olvidó la percha de madera que algún día le serviría para marcar el ritmo de las marchas interpretadas por la orquesta siberiana. Lucy, por su parte, quien ahora sabía a qué se enfrentaba, se hizo con un abrigo que había al fondo del baúl y que pensó que sería de hombre, y cogió el llavero con forma de mariposa. Estaban ya las dos dispuestas, con las manos cogidas, Celia removió un poco más el interior del baúl y Lucy volvió a cerrar poco a poco los ojos pensando en el momento de caer en el interior de la cesta del globo viajero cuando, de repente...

—¡Mira, Lucy! ¿Ves aquello? ¡Parece el bosque! —gritó Celia.

En efecto, allí estaban. De nuevo en medio de aquella estepa blanca cubierta de nieve, con montañas a cada lado que parecían hechas de torreones de merengue y nata, y con el imponente mar a sus espaldas, heladas sus aguas protegiendo el globo que en la orilla les aguardaba, escoltado en todo momento por el rugido

furioso de sus olas. Y al frente, más cercano a cada paso que daban tras bajar de los lomos del globo, un cuerpo infinito de árboles verdes que iban haciéndose más y más grandes a medida que las pequeñas avanzaban.

—Teníamos que haber cogido algo para combatir contra los enemigos —dijo Lucy cuando se internaban ya en los lindes del bosque.

Celia le explicó que en ese mundo nunca había llegado a encontrar ningún enemigo pero, aun así, Lucy mencionó las palabras de la tabernera acerca de los guardias reales que habían intimidado a Gigante. Celia recordó ese detalle y de pronto volvió a preocuparse por su amigo, a quien hacía ya demasiado tiempo que no veía.

Pero, en ese instante, una imagen apartó la zozobra del corazón de Celia. Una visión inenarrable, bellísima, precedida por una mezcla de olores frescos y aromáticos que fue la antesala de un espectáculo de luces y colores jamás visto antes por las dos jóvenes aventureras. A medida que iban avanzando por los caminos del bosque, Celia y Lucy observaban maravilladas los esbeltos e imponentes pinos cuyas copas no alcanzaban ni siquiera a adivinar, encinas con su piel robusta y sabia, sus parientes los alcornoques, capaces de resistir el frío siberiano, robles poderosos, arces con sus inconfundibles hojas rosadas, acacias y baobabs que parecían disfrutar del frescor que no reciben en su hábitat natural, elegantes sakuras, frondosos nogales, altivos cedros, kauris más viejos que el mundo... También había palmeras alegres y voluptuosas que parecían bailar al son de vientos tropicales, espesas sabinas marítimas, incluso innumerables olivos milenarios, árboles bien conocidos por Celia al ser muy comunes en los campos de su pueblo. Un universo espeso en el que predominaban los diferentes matices y tonos verdes, con plantas y flores de todo tipo, con pequeñas cataratas aquí y allá que ponían la música de fondo, con numerosos lagos diminutos en los que apenas tres ranas ya eran

multitud, y con la presencia de rayos de sol que de manera furtiva se colaban en el pinsapar para iluminar los rostros de las dos amigas. Éstas seguían caminando sin querer avanzar, deleitándose con tanto asombro, extasiadas por tanta belleza y por la felicidad de estar viviendo juntas ese momento.

—¡Mira, Celia, mariposas gigantes! No me lo puedo creer... —dijo Lucy, mirando aquellas criaturas, sus favoritas, que aleteaban con porte elegante saliendo al paso de las dos amigas.

Unos metros más adelante, una de aquellas enormes y gentiles mariposas utilizó la fuerza del viento propulsado por su aleteo y empujó con suavidad a Lucy. Y un segundo después, la pequeña niña rubia entendió que aquel ser alado no hizo aquello por casualidad, sino porque quería que Lucy se girase para mirar algo en el camino...

—Mira allí, Celia. Parece una cabaña —susurró Lucy, siempre precavida ante la posible presencia de seres desconocidos.

En efecto, se trataba más bien de dos enormes piedras alargadas y de canto redondo, que se juntaban en su parte superior hasta formar una puerta de entrada a lo que parecía ser una caverna en su interior, adornada por un sinfín de flores y plantas trepadoras que se enroscaban hasta formar una especie de red alrededor de las piedras. Pero si algo llamó la atención de las niñas desde un primer momento fue el aire humeante que parecía salir del interior de la caverna. A medida que se acercaban al lugar, un humo espeso subía y se perdía en las alturas de las copas de los árboles. Aunque, para mayor sorpresa de Lucy y Celia, aquel humo denso no olía a fuego ni a nada que pudiera estar quemándose, sino que se trataba de un olor intenso y agradable, “como si alguien estuviera guisando dentro de la cabaña”, decía la propia Lucy, extrañada. De repente, cuando apenas se encontraban a escasos metros de la misma, sonó cerca un chasquido, como de una rama pequeña partiéndose al pisarla. Lucy giró la cabeza hacia el lugar de donde pensó que procedía el sonido, y vio un letrero de made-

ra en el que decía: *La Cocina de la Bruja*, y que leyó en voz alta. “¿*La Cocina de la Bruja*?”, repitió Celia en un tono de inconfundible felicidad. Lucy iba a preguntar algo a Celia cuando, justo en ese momento, ambas vieron una mano que se deslizaba por el exterior de las piedras, reluciendo sus uñas pintadas de intenso color morado. Lucy no sabía quién iba a aparecer ante ellas pero su inquietud se vio apaciguada al volver a mirar a su amiga, quien parecía aguardar con ganas la presencia de aquella persona que se hacía de rogar. Lucy volvió a observar la entrada de la guarida y, ahora sí, una mujer salió al exterior, una mujer joven de rostro hermoso y sereno, piel negra como el ébano y cabello largo.

—¿Alguien me ha llamado? —dijo la joven, mirando a las niñas.

—¡Hola, señorita bruja! Estábamos buscándote —dijo Celia mientras se adelantaba para abrazar a la anfitriona de aquel *rincón* del bosque en cuyo interior se oía crepitar la fogata.

—¡Pero si es Celia! —respondió sonriendo la joven—. Y veo que vienes acompañada.

Lucy seguía sin hablar, aún expectante ante aquella muchacha que tanto la impresionó por tratarse, al parecer, de la primera bruja que conocía. Así que tuvo que ser Celia quien dijese a la bruja que su acompañante se llamaba Lucy.

—Bienvenida, Lucy —dijo la mujer, observando a aquella niña cuyo menudo cuerpo se disimulaba bajo la holgura del abrigo de hombre que llevaba puesto—. ¿Tienes frío? Pasad al interior, es más grande y agradable de lo que parece. Estoy cocinando una sopa calentita y muy rica que da para tres raciones.

Así que, no muy convencida de la idea, Lucy esperó unos segundos antes de acabar entrando en la *cabaña*, espaciosa por dentro, donde ya esperaba su amiga sentada. Había una duda que la pequeña Lucy tenía que resolver antes de decidir si sentarse junto a Celia o, por el contrario, esperar fuera. Se armó de valor, respiró y justo en el momento en el que la anfitriona de la cabaña le indicaba el lugar en el que podía sentarse, Lucy preguntó: “¿Es usted una...?”

—¿Una bruja? Sí. ¿Por qué no? Soy la bruja del bosque, la bruja cocinera —dijo adelantándose la joven, sonriente, al tiempo que lanzaba un guiño a su interlocutora.

—Pero las brujas de los cuentos y las películas son... Tienen otra forma —insistió Lucy, mientras la joven cocinera servía unos cuencos rebosantes de lo que parecía ser una deliciosa sopa.

—Sí, se supone que las brujas son mujeres malvadas, vestidas con trajes oscuros, rostros terroríficos, que vuelan en escobas voladoras, lo que por cierto sería muy divertido —decía la mujer mientras escenificaba las escenas e impostaba la voz con un tono más grave—, y que siempre quieren envenenar a alguien con sus pócimas secretas... Pero resulta que eso no es así.

—Entonces, ¿quiénes son esas mujeres? —dijo Lucy, mientras Celia se relamía observando el almuerzo al que estaban a punto de hincarle el diente, sin mostrar el más mínimo ápice de miedo en aquella confortable sala.

—Digamos que lo sabréis mejor cuando seáis mayores —contestó la anfitriona de la hogareña gruta—. Pero, para resumir, os diré que esas ideas no son más que representaciones de lo que algunas personas consideran que es el mal. Personas que de algún modo existen desde hace cientos de años, que ejercen mucha influencia, y que crean estereotipos para poder conseguir lo que quieren. Y, según esas personas, nosotras, las brujas, no somos la imagen del bien.

La pedagógica explicación de la joven y paciente bruja animaba la curiosidad de las niñas, quienes habían empezado ya a degustar una cremosa sopa de tomate y albahaca, una ensalada con nueces y aceitunas silvestres y pan recién horneado. Como postre aguardaba una deliciosa macedonia de fresas, frambuesas, arándanos, moras y cerezas recién cogidas de los sakuras.

—Cuéntanos cómo sois las brujas de verdad —pidió Lucy, quien ya parecía estar más cómoda.

—Pues una bruja es lo que soy yo. Es decir, lo que ahora llamamos brujas son mujeres, algunas jóvenes y otras no tanto, que

desde hace mucho tiempo empezaron a observar y a estudiar las plantas, la Tierra, los beneficios naturales de la medicina, así como intentar comprender el universo. Pero las primeras mujeres y hombres que se dedicaron a ello, lo hicieron en un tiempo en el que eso no era lo común, así que a veces tenían que trabajar a escondidas. Entonces, unos señores muy poderosos empezaron a decir cosas malas de nosotras, las brujas, como que nos reuníamos en el bosque por las noches para efectuar experimentos monstruosos, que queríamos confundir a las personas y otras cosas aún peores —explicaba la mujer, divirtiéndose, mientras era observada con atención por las niñas—. Pero ya veis, una bruja soy yo. ¿Creéis que hay algo tenebroso en mí? ¡Espero que no!

La joven bruja sorbió una cucharada de sopa, mientras Lucy la observaba sin pestañear, y siguió hablando: “Aunque como os dije antes, señoritas, ya descubriréis más adelante quiénes eran y quiénes son las *brujas*... Lo que ahora me gustaría saber es por qué habéis decidido venir a buscarme”.

La repentina pregunta hizo que la pequeña Lucy despertase de una especie de deliciosa ensoñación en la que había quedado sumida escuchando las palabras de la anfitriona, al tiempo que trataba de representar en su mente las historias y explicaciones que ésta les relataba.

—Hemos venido porque estamos buscando a mi amigo Gigante, el gigante siberiano. Pero no sabemos dónde está y una mujer nos dijo en *La Taberna de las Luciérnagas* que tú podrías ayudarnos —respondió Celia.

—¡Ajá! Así que andáis buscando al señor Gigante —se sorprendió la bruja.

—Sí —dijo Celia—. ¿Sabes dónde está?

—¡Claro que sé dónde está! Vamos, os prepararé unas bolsas con galletas de pasas para el camino y os diré cómo encontrarle —dijo la joven mujer.

Celia explotó de alegría y le dijo a Lucy que le encantaría conocer, al fin, a su amigo. Pasaron unos minutos hasta que la

joven, ayudada por las dos visitantes, terminó de preparar las bolsas, tras haber limpiado los utensilios empleados en la cocina más famosa de todo el bosque. Ya en el exterior de la cabaña, la bruja explicó el camino que las dos niñas deberían seguir para salir de la arboleda y proseguir su ruta.

—Mirad, si seguís la vereda del trébol llegaréis al otro extremo del aljibe de aguas heladas. Rodeadlo y en pocos minutos estaréis fuera del bosque. Y en ese momento veréis frente a vosotras un gran lago habitado por setenta y cuatro cisnes. Encontraréis a vuestro amigo allí —concluyó la joven, guiñando de nuevo su ojo izquierdo a las amigas aventureras.

Pero cuando ya se despedían las niñas de su amable anfitriona, Celia notó que su amiga se puso de repente un poco triste. Lucy, quien al principio pareció temer la presencia de toda una bruja, reconoció que le daba mucha pena tener que despedirse de aquella joven que había sido tan simpática con ellas, y cuyas historias había disfrutado tanto. Lo que no sabía Lucy es que la bruja, también apenada por la despedida, había escuchado aquellas palabras. Así que sin hacer apenas ruido, ésta se acercó hasta donde las niñas iban andando cabizbajas, acarició el hombro de Lucy, y se arrodilló ante ella, quien se giró y se sorprendió al verla.

—Pequeña Lucy, no te preocupes. A partir de ahora nos veremos todas las veces que quieras venir a visitarme —dijo la joven bruja, quien al mismo tiempo dio un pequeño obsequio a la pequeña de cabellos dorados.

—Es un broche con la forma de una mariposa... —dijo Lucy mientras miraba de nuevo a la mujer, antes de preguntarle—: ¿Cómo sabes que la mariposa es...?

—¿Tu animal favorito? —se adelantó de nuevo la joven—. Recuerda que soy una bruja...

Lucy vio cómo aquella mujer fascinante guiñó, una vez más, su ojo mientras decía aquella frase. Ambas sonrieron a la vez, se fundieron en un abrazo ante la alegría de Celia y se despidieron.

—¡Adiós, Celia! ¡Hasta pronto, Lucy! —gritó, ya a lo lejos, la bruja cocinera.

Y aquellos alegres gritos de despedida, tanto de la joven como de las niñas, se confundieron a lo lejos con otra voz, ésta más conocida, y desde luego perteneciente a un hombre, que más y más fuerte parecía decir algo así como “¡Lucy, vámonos a casa! Mañana te vienes de nuevo con Celia”... Pocos instantes después, las pequeñas aventureras se miraron, la una a la otra, y reconocieron el lugar en el que ahora estaban. Era el ático de la casa de Celia, hasta donde habían regresado tras escuchar aquella voz, procedentes de aquel mundo maravilloso sin el que ya no podían vivir...

Sin darse cuenta, la tarde entera pasado para estas dos amigas que, radiantes de felicidad, bajaban ahora las escaleras que conducían al salón, donde Frank y Leticia las esperaban.

XV. PROYECTO VA, CARTA VIENE

Con el paso del tiempo, los cinco integrantes que sumaban las dos casas vecinas habían desarrollado un vínculo tan grande con el resto del grupo, que ya nada era igual para ellos. Ahora cada una de estas personas se apoyaba en las otras cuatro, pensaba en ellas, se interesaba por que estuvieran bien, y sabía que a ellas estaba ligado cada pensamiento que por su cabeza pasaba.

Leticia no pudo dormir muy bien esa noche, y no tanto por las fuertes emociones que el día le había deparado. Era más bien la confesión de su amiga con respecto a Lucy lo que parecía haberse incrustado en su memoria. Diane no había especificado qué le pasaba exactamente, pero por la manera en que le pidió ayuda en forma de apoyo mutuo, Leticia sabía que debía tratarse de algo serio. Al parecer, y eso era lo más desesperante de todo, ni siquiera los resultados médicos que seguían consultando con regularidad podían determinar la dolencia que padecía la pequeña. Solo habían diagnosticado una leve mejoría desde hacía unos pocos meses, lo que podía deberse a los beneficios que las temperaturas cálidas y el aire limpio del pueblo estaban teniendo sobre su salud. El doctor que seguía llevando el caso de Lucy en su ciudad natal, en permanente colaboración con el médico del centro hospitalario comarcal que ahora supervisaba su evolución, les había

confesado que parecía obvio que el cambio estaba repercutiendo de forma positiva en la salud de la niña, pero al mismo tiempo reconocía que seguía sin saber aún si las nuevas circunstancias tenían suficiente peso como para detener el progreso de aquella extraña enfermedad que mermaba la vitalidad de Lucy. Leticia comprendió entonces que fue por eso, en definitiva, por lo que Frank y Diane centraron su proyecto científico en averiguar e investigar tanto la fuerza como los potenciales beneficios que las propiedades del sol podían tener en la salud de las personas. Este era, más bien, su proyecto de vida.

Con todos esos pensamientos revoloteando por su cabeza, llegó el alba para Leticia, sin que, un día más, hubiese pegado ojo. La joven estaba saturada tras varias horas de inagotables ejercicios mentales, pero tenía claro que esperaría a que llegase la tarde, una vez que sus dos amigos hubiesen regresado a casa después de trabajar, para hablar con ellos y asegurarles que podían contar con ella para lo que fuese necesario.

Y la tarde llegó. Leticia solía turnarse con Diane y Frank para recoger cada día a las niñas del colegio, y esta vez le tocaba a ella. Así que la joven madre almorzaría con las dos niñas, para regocijo de éstas, que como puede imaginarse, no tardaron mucho tiempo en devorar la comida, postre incluido, y subir cuanto antes a la buhardilla. Mientras tanto, Leticia aprovechó que las pequeñas ya estaban juntas para llamar por teléfono a sus ancianos padres y conversar con ellos. Al poco de terminar de hablar con sus progenitores, sonó el timbre de casa. Leticia abrió la puerta y se sorprendió al ver a Diane.

—¿Todo bien, Diane? Pasa, por favor —dijo Leticia.

—Sí, estoy bien —contestó Diane—. Es solo que hoy estaba algo cansada, así que he acabado un poco antes. Frank se ha quedado en el campo trabajando un poco más, vendrá pronto.

Diane no paraba de darle vueltas a la conversación que tuvieron en su coche la mañana anterior. Profundizaron en el asunto

durante un largo rato hasta que a eso de las siete en punto volvió a sonar el timbre. Esta vez era Frank.

—Hola, chicas —saludó el padre de Lucy—. He visto que no había nadie en casa y pensé que os encontraría aquí. Supongo que las niñas están arriba, ¿verdad?

Antes de haber entrado, y aún mientras esperaba que le abriesen la puerta, Frank había cogido un sobre que el cartero habría dejado en el zaguán pocos minutos antes. Frank, que se sentó en el sofá junto a su mujer, entregó la misiva a Leticia, que ni siquiera miró quién era el remitente y la dejó a un lado mientras se dirigía a la cocina para preparar una infusión para el recién llegado.

—¡Oh, una deliciosa infusión! Thank you, Leticia. Por cierto, no sé si lo habéis notado pero hoy vengo un poco más contento —dijo, sonriente, Frank.

Las dos madres olvidaron por un instante la conversación que estaban teniendo hasta ese momento sobre Lucy, se miraron extrañadas al escuchar a Frank y, como cómplices previendo alguna de sus ocurrencias, esbozaron una media sonrisa.

—¿Y eso a qué se debe, vecino? —preguntó Leticia mientras se sentaba junto a sus amigos tras dejar la taza de infusión junto a Frank.

—Por una parte, el proyecto va mejor de lo esperado —comenzó a explicar Frank, como queriendo que su castellano no omitiese ningún detalle de todo lo que quería decir—. A pesar de que llevamos solo unos meses, los equipos están respondiendo a la perfección y estamos recibiendo mucha información de la energía solar que nuestros compañeros de la universidad están empezando a estudiar en Nueva York. Pero sobre todo...

Fran miró a su mujer con ternura al pronunciar aquellas palabras, antes de seguir explicando que, en realidad, llevaba un buen rato fuera de casa hablando por teléfono. Y, según dijo, durante ese largo tiempo había conversado con los dos doctores que ahora se compenetraban para llevar y estudiar la enfermedad de su hija.

—Ambos coinciden en que siguen sin hallar la respuesta de lo que le pasa a Lucy —siguió Frank— pero los últimos análisis muestran que nuestra pequeña ha mejorado desde que llegamos aquí. Puede que las condiciones del clima estén sentándole bien.

Leticia, un tanto emocionada al ver cómo Diane apretaba sus manos entre las de su marido desde que éste comenzó a hablar, les dio la enhorabuena por aquella noticia, al tiempo que comprendió en todo momento que su amigo, a recomendación de los doctores, estaba siendo muy precavido. Entonces, el enérgico Frank miró a Leticia y siguió hablando.

—Pero, ¿sabéis en qué han coincidido también ambos doctores? Me han dicho que al parecer es su estado de ánimo el que está experimentando una gran evolución día a día. Entonces, yo les he hablado de lo bien que se lo pasa aquí, con nosotros, en el colegio, pero sobre todo con Celia, jugando todo el rato, hablando de esas historias que tanto les gustan. Y los médicos me han dicho que —Frank miraba complacido a su amiga— es como si Celia estuviese dándole vida a nuestra hija.

Durante algunos segundos, nadie pudo hablar tras las palabras pronunciadas por Frank, prueba de la carga emocional tan potente que había en esos instantes en aquella sala. El caso es que los allí presentes se vieron insuflados por un soplo de ánimo, si bien es cierto que el propio Frank apuntaba en todo momento que los doctores seguían estando desconcertados por no descubrir la naturaleza que explicase la dolencia encuadrada, por el momento, dentro de las llamadas enfermedades raras. Tal fue la energía que Frank llevó consigo esa tarde al encuentro con su mujer y su amiga, que éstas decidieron que era hora de cambiar de tema ipso facto. El fin de semana estaba a la vuelta de la esquina y tenían que decidir el plan: dónde ir, qué visitar, qué hacer.

La noche caía y la pareja debía volver a casa, así que Frank sorbió la última gota de su tercera taza de infusión y se dirigió a la escalera que comunicaba con la buhardilla para llamar a Lucy.

Diane, que se había quedado en el sofá conversando con Leticia, se levantó para llevar a la cocina los pocillos de café. La anfitriona de la casa se recostó en el sofá. Sin duda, Leticia se sentía bien tras aquella tarde con sus amigos. De pronto, su mirada se fijó en la carta que Frank le dio al entrar en el salón y decidió echarle un vistazo. Antes de abrirla miró el exterior del sobre, era de la entidad bancaria... Su rostro cambió, la tranquilidad se esfumó. Diane, que seguía recogiendo las cosas de la mesa, miró a Leticia de reojo porque percibió que su semblante mutó al coger aquel sobre. Leticia lo abrió, desplegó con lentitud la carta que había en su interior, la leyó pero no en voz alta, se quedó mirando hacia un punto fijo del papel, lo dejó caer al suelo y una lágrima se precipitó por su mejilla. Buscó con la mirada, como pidiendo un ahogado auxilio, a su amiga Diane, quien por mera intuición miró a Leticia en ese mismo instante. Leticia no dijo nada, pero con su rostro lo dijo todo...

—Dime que no es lo que estoy pensando —pronunció Diane.

—¿Cómo dices, cariño? —respondió Frank desde la escalera, creyendo que su mujer se estaba dirigiendo a él.

Como nadie le respondió, Frank se giró para pedir de nuevo a Diane que le repitiese la pregunta. Pero, en cuanto vio la escena, no le hizo falta decir nada más. Diane estaba quieta, como una estatua, observando a Leticia. Ahora Frank se fijó en su amiga y supo que algo iba mal, justo antes de que ésta respondiese a sus inquietudes.

—Es la carta de desahucio, Frank —dijo Leticia sin alterar la voz—. Tengo un mes para recogerlo todo e irme de esta casa...

XVI. LOS SECRETOS DEL LAGO DE LOS OJOS AZULES

Pasaron unos días y las dos pequeñas, que volvían a estar juntas en la buhardilla de la casa de Celia, iban a vivir una de las aventuras más grandiosas de cuantas jamás hubiesen imaginado. Apenas unos segundos después de subir los últimos escalones que concluían en la parte alta de la vivienda, la ilusión de Lucy y Celia puso todo su poder en marcha. Se situaron frente a frente, repitieron el ritual de siempre, unieron sus manos tras haberse aprovisionado con todo cuanto el cofre mágico les ofrecía antes de cada uno de sus viajes, sonrieron de manera nerviosa...

—¿Lista? —preguntó Lucy.

—¡Sí! —respondió Celia.

Y pocos segundos más tarde, Lucy descendía ya a aquel mundo con el que soñaba cada vez que estaba con sus padres, cada vez que salía del colegio, o cada vez que se encontraba en cualquier otro lugar que no fuese el gran mar siberiano y sus alrededores. La joven neoyorquina pareció maravillarse con algo.

—¡Mira, Celia! ¡Son tréboles gigantes! ¡Los hay de tres, cuatro, cinco y hasta de seis hojas! —dijo Lucy.

La parte del bosque en la que las niñas estaban poco después desprendía una magia apabullante, quizá porque estuviera impregnado todo por las artes de la encantadora bruja que unos días antes se había ganado el corazón de las niñas. Un aljibe que almacenaba el agua clara y pura que las ramas de los árboles hasta allí canalizaban, tréboles gigantes, altas jaras con sus aromáticas hojas alargadas y sus corolas blancas, pomposos olmos, castaños pardos, majestuosos chopos, zarzales llenos de moras, abetos más altos que el cielo, y numerosas *norleovas*, las hermosas y míticas aves siberianas de ocho alas que cantaban como si de una coral se tratase y que protegían la hermosa vegetación arcoíris. Fue la inolvidable manera que tuvo el bosque de despedirse de las pequeñas viajeras, quienes poco tardaron en llegar a las fronteras del mismo.

De repente, la humedad y las hermosas sombras que acompañaban a Celia y a Lucy dentro del infinito bosque verde, se vieron sustituidas por un aire frío, casi helado, así como por un cielo despejado en el que imperaba el sol poderoso en ese momento. De entre todas las cosas que formaban el inigualable paisaje, la mirada de las viajeras se centró en aquello que alcanzaban a otear en el horizonte: un imponente lago cuyas aguas brillaban como si de perlas se tratase, gracias a los rayos del sol, y que parecía habitado por decenas de cisnes elegantes y de aire altivo. Eran ellos, los cisnes, los auténticos e indiscutibles dueños y señores del infinito lago, el cual tenía otra particularidad que más adelante conocerían mejor las dos amigas: el singular tono azul de sus aguas...

Se encontraban ya a pocos metros de aquel paraíso acuático Celia y Lucy cuando, aún admirándolo todo, vieron que algo se movía tras unos arbustos que colindaban con la parte de la orilla a la que estaban llegando. Debía de ser algún animal muy pequeño, porque no se veía nada de él tras aquellas ramas floridas que apenas les llegaban a las niñas a la altura de sus cabezas. Se acercaron poco a poco a los arbustos para ver de qué se trataba, mientras los

orgullosos cisnes nadaban a pocos metros sin inquietarse, signo inequívoco de que la criatura que no paraba de moverse tras las ramas no debía imponer demasiado. De repente, desde el punto exacto donde partían los movimientos y los ruidos, una voz varonil gritó: “¡No, no y no!” ¡Este no es un buen lugar para echarse una buena siesta!”.

—¡Gigante! —exclamó al instante Celia, cuyo rostro se encendió de alegría por la inesperada sorpresa.

—¿Alguien me llama? —contestó la voz al otro lado de los arbustos—. ¿No serás...? ¡Celia!

Y en ese momento, un hombre fornido y pequeño, no más alto que las dos niñas, apareció saliendo de detrás de los arbustos. Se trataba de una especie de enano, esa raza de hombres y mujeres escasos de estatura pero sobrados de valor, sabios, de corazón noble y, por qué no decirlo, un poco testarudos. Así era Gigante, el apuesto *gigante* siberiano de barbas pelirrojas y cabello negro azabache recogido en trenzas indias. Aquel joven hombre vio a su querida amiga Celia y fue a abrazarla después de tanto tiempo esperando tener noticias de ella.

—Hola, mi pequeña aventurera —dijo el enano con su voz profunda, cuyos ecos tronaban en aquel valle inmenso—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Cómo me has encontrado? Y, sobre todo, ¿quién es tu acompañante?

—Ella es mi amiga Lucy —contestó Celia, que seguía irradiando felicidad por haber encontrado al fin a su amigo—. Es de Nueva York, que es un lugar que se encuentra muy lejos del pueblo. Pero no hace falta que le hables despacio porque entiende muy bien nuestro idioma, es muy inteligente.

Y, mientras, Lucy... Lucy no conseguía salir del asombro. Su mente lúcida no paraba de recordarle que aquello debía ser una especie de malentendido. Porque cuando Celia le hablaba en todo momento de su amigo, esperaba encontrar a un gigante, un ser abrumadoramente grande cuya cabeza no alcanzase a ver y cuyas

pisadas hicieran temblar a las mismísimas montañas nevadas que a lo lejos se erguían sobre el valle siberiano... Pero nada más lejos de la realidad. ¡El gigante siberiano era un enano! Y tras un cordial saludo, la curiosidad inocente de Lucy la llevó a hacer eso que a menudo hacen los niños: decir lo que pensaba sin rodeos, para asegurarse de que su amiga Celia no estuviese confundida debido al cansancio de tanto andar...

—Celia, tu amigo no es un gigante, sino un... —dijo Lucy.

—Un enano, sí señorita Lucy, soy de la raza de los enanos —respondió, con calma, Gigante, mientras acariciaba sus bigotes pelirrojos con una de sus manos, dejando la otra doblada sobre la espalda, caminando alrededor de las niñas, como un maestro que explica las lecciones a los alumnos—. Los enanos abundamos en las tierras del mar siberiano, donde caminamos junto a los mamuts y donde hablamos con los cisnes. Los enanos de esta zona, señorita Lucy, son por lo general algo testarudos, pero lo son por algo muy sencillo: les gusta que se cumplan las cosas justas y nobles. Los enanos ancianos son en su mayoría un poco gruñones, pero ese no es mi caso, porque yo soy joven. Tengo ciento noventa y tres años y por lo tanto soy aún de ánimo alegre y aventurero. Así pues, ese soy yo, señorita Lucy. Gigante, un enano siberiano.

Celia, quien conocía bien a su amigo porque ya había vivido muchas aventuras a su lado cada vez que, triste por alguna razón, había decidido viajar al mundo de las tierras nevadas, sonreía escuchando las explicaciones pacientes de su fiel consejero, quien siempre le desmenuzaba sus preocupaciones para aportarle paz y relajación.

—Pero señor, Celia me decía en todo momento que usted era un gigante —replicó Lucy.

—¡Ajá, señorita cuyos ojos azules ya conozco! Intuyo que es usted una joven inteligente pero demasiado meticulosa en su sentido de la racionalidad y la lógica —dijo en tono gracioso Gigante.

—Eeh... No lo entiendo —dijo Lucy, sonriendo mientras se rascaba la cabeza, mostrándose algo tímida.

—Pues verás, señorita— explicó una vez más el enano—. Si no me equivoco, Celia le habló en todo momento de su amigo Gigante, porque es así como me llamo, pero en ningún momento le dijo qué tipo de criatura soy. ¿Me equivoco, señorita Celia?

Celia, que se divertía escuchando aquella animada conversación entre sus dos amigos, negó con la cabeza, dándole así la razón a Gigante.

—Entonces... Eres un enano pero te llamas Gigante —concluyó Lucy en voz alta, ya convencida—. ¡Me gusta, es divertido!

Y así transcurrió el primer encuentro entre Lucy y Gigante. Estando ya los tres juntos, se pusieron en marcha en dirección a *La Nave Plateada*, adonde debían volver para saber qué había sido de ella, según dijeron las niñas al sabio enano para convencerle del regreso. Durante el camino, Celia no paró de contar anécdotas a su amiga sobre las innumerables aventuras vividas con Gigante, quien a su vez iba detallando a la pequeña Lucy los lugares y criaturas de todo tipo que, fascinados, presenciaban mientras se dirigían a la casa del enano. De repente, Celia recordó algo que Gigante había dicho cuando conoció a Lucy, e interrumpió sin darse cuenta la conversación.

—Disculpa, Gigante —dijo Celia—. ¿Por qué dijiste antes que ya conoces los ojos azules de Lucy?

—Porque, aunque veo que no os habéis percatado —respondió Gigante, ante la curiosa mirada de las dos niñas— el tono azul del lago en el que me habéis encontrado es igual que el tono azul de los ojos de nuestra amiga Lucy. Es por ello que, a partir de ahora, lo llamaremos el *Lago de los Ojos Azules*.

—¡Pero si lo hubiese sabido antes habríamos podido quedarnos allí más tiempo! —dijo Lucy, algo disgustada ante la idea de no haber disfrutado más tiempo del hermoso lago que ahora llevaba, de alguna manera, su nombre.

—No te preocupes, señorita Lucy —respondió Gigante sonriendo dulcemente—. Todos volveremos al *Lago de los Ojos Azules* muy pronto...

Siguieron caminando los tres amigos y, al poco tiempo, Celia pensó que podrían encontrarse con aquellos guardianes reales de los que le habló la tabernera, algo que le producía cierto temor. Y Gigante, mientras mostraba a Lucy algunos de los rincones del gran valle siberiano, vislumbró y adivinó la preocupación de su amiga.

—Todo irá bien, Celia —dijo Gigante.

—¡Pero la mujer de *La Taberna de las Luciérnagas* nos dijo que unos hombres de la Guardia Real te obligaron a dejar *La Nave Plateada*! —contestó Celia, sabedora de que el enano conocía bien sus inquietudes.

—No le faltaba razón a la señora —admitió Gigante—. Lo que ocurrió fue que quienes mandan aquí, en las tierras del mar de Siberia, decidieron de repente que si queríamos seguir viviendo en nuestras casas, en nuestros hogares de siempre, todos los habitantes de la zona deberíamos cederles una parte de nuestras tierras para poder ellos construir fábricas y otros edificios, o bien pagarles unos tributos como compensación. Y quienes no hemos querido hacer lo primero, ni hemos podido hacer lo segundo, hemos sido expulsados de nuestras casas.

—Pero es tu casa, no pueden echarte —dijo Lucy, no comprendiendo las razones de quienes habían tomado aquella decisión.

—Por eso volvemos, señorita Lucy. Porque lo que están haciendo esos señores no es justo, y tampoco es noble, así que he decidido que no me quiero rendir —dijo Gigante.

Celia se mantenía al margen de las explicaciones pero no perdía detalle de las cosas que decía su sabio amigo. De alguna forma, sentía que las últimas palabras del enano iban a parar a lo más hondo de su corazón, origen de las preocupaciones que le habían

hecho ir en busca de su amigo. Por eso, cuando Gigante dijo que los guardianes reales comenzaron por ir un día a su casa para avisarle de lo que podría pasarle en el futuro y que eso le causaba un gran pesar al enano, Celia no pudo evitar pensar en el rostro triste que se le dibujaba a su madre durante los últimos meses cuando leía una carta o cuando hablaba algunas veces por teléfono.

—Gigante, ¿puede sucederle a las personas del pueblo en el que Lucy y yo vivimos lo mismo que te ha pasado a ti? —preguntó Celia, quien comenzaba a entender que su madre podría estar viviendo algo parecido.

—Sí, y sí —fue la extraña contestación de Gigante, quien advinó la pregunta que a continuación querría hacerle su amiga.

—¿Qué significa *sí y sí*, señor Gigante? —preguntó Lucy.

—Sí, eso puede suceder también en pueblos como en el que vosotras vivís —explicó Gigante—. Y sí a lo que ahora estás pensando, querida Celia.

El gigante siberiano pronunció la última frase bajando su tono de voz, mirando a Celia. Lucy observaba a ambos, sin decir nada, porque no sabía lo que estaba sucediendo. Aunque pronto lo entendió cuando Celia quiso saber: “¿Creerás que vendrán también los guardianes reales a mi casa para decirle a mi madre que nos vayamos? Porque si es así, quiero estar preparada”.

Y entonces fue Gigante quien, con palabras llenas de amor y sabiduría, explicó a Celia que el caso de su madre no era igual que el suyo, y que cuando pasase un tiempo lo entendería mejor. Pero también le dijo que lo que le estaba pasando a su madre no era justo, ni noble, como a él le gustaba decir, y que ni Celia ni su madre debían rendirse, “jamás”.

—Y vosotras, pequeñas Celia y Lucy —seguía diciendo Gigante—, debéis ayudar a Leticia más que nunca para lograr que todo salga bien, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! Yo le voy a decir a mis padres que hablen con los guardianes para que no se atrevan a ir a casa de Celia —dijo Lucy con energía.

Celia, quien un segundo antes tuvo ganas de llorar y correr para ayudar a su madre, sonrió tras escuchar el consejo de Gigante y, sobre todo, después de comprobar el entusiasmo de su valerosa amiga. Y pensó que con aquellos amigos a su lado, nada malo podría sucederle, ni a ella ni a su madre...

XVII. ¿YA ESTÁN AQUÍ LOS GUARDIANES?

Los días pasaban. Era sábado por la mañana y a Celia no le apetecía levantarse de la cama, lo cual era extraño porque ella sabía que siempre había algo que hacer con su madre los fines de semana. Esta vez quería dormir, nada más. Pero algunos ruidos en el salón de casa (su madre limpiando o poniendo cosas en orden, pensó Celia) no le dejaban hacerlo, a pesar de que aún era temprano. Así que se levantó y se dirigió al lugar de la casa de donde procedían los ruidos. Cuando llegó al salón vio, sorprendida, a su madre y a Frank metiendo objetos del hogar en cajas grandes de cartón, así como varias carpetas llenas de papeles y documentos. Al presenciar la escena, recordó lo que Gigante le explicó la última vez que ella y Lucy estuvieron en las tierras del mar siberiano, y se asustó al pensar que, quizá, ella y su madre tendrían que dejar la casa esa misma mañana ante la inminente llegada de los guardianes. El caso es que Celia no hizo otra cosa que quedarse allí quieta, mirando, sin decir ni hacer nada, hasta que Frank se percató.

—Oh, buenos días, Celia —dijo Frank, un tanto dubitativo—. ¿Te hemos despertado?

Leticia, quien había pretendido acabar la tarea para cuando su hija se hubiese despertado, se dio la vuelta al escuchar a su vecino.

—Hola, guapa —dijo Leticia mientras Celia seguía de pie, apoyada en el quicio de la puerta—. ¿Qué haces despierta tan temprano? ¿Por qué no vuelves a la cama un ratito más?

Celia, sorprendida pero también un tanto adormilada aún, seguía sin responder a nada de lo que los dos adultos le preguntaban, así que Leticia le insistió, esta vez con menos paciencia, para que regresase a la cama a descansar ya que, según dijo, ella y Frank solo estaban buscando unos documentos que no encontraban. En ese momento, un cúmulo de ideas e imágenes se mezclaron con los pensamientos de Celia: miró las cajas llenas de libros y otros objetos, vio la mirada confusa de Frank que daba a entender que algo no iba bien, recordó lo que Gigante le contó y lo que a él le sucedió... Era como si no escuchase lo que su madre le decía, y eso provocó al fin que ésta fuese tajante.

—Celia, ¿me oyes? ¡A la cama, te he dicho! —gritó Leticia.

Esta vez Celia sí que salió de su estado aletargado, percibió que su madre estaba un tanto enfadada y salió corriendo, impelida, hacia su dormitorio, dominada por esa especie de rubor que los niños suelen sentir cuando saben que han sido reprendidos por sus padres en presencia de otros adultos. Leticia resopló, intuyendo que aquel era solo el inicio de varios momentos similares que podrían repetirse en los próximos días, momentos de tensión y nerviosismo que quería evitar a toda costa, sobre todo si afectaban a su hija. Tras mirar a Frank, éste le dijo que sería mejor que fuera a hablar con Celia, sugerencia que Leticia pensó también que era lo más correcto.

Toc, toc, toc. Celia no respondió a los suaves sonidos en la puerta, porque sabía que era su madre quien quería entrar. “¿Se puede?”, insistió Leticia. Y Celia seguía sin responder. Así que la madre debió entender aquella ausencia de respuesta como una especie de autorización para acceder. Cuando lo hizo, Leticia encontró a su hija sentada en la cama, mirando al suelo, con cierto aire triste, aunque parecía calmada, lo que tranquilizó a su madre. “Celia, mira...”, comenzó a decir Leticia.

—¿Nos tenemos que ir de casa? —la interrumpió su hija.

Por madura e incluso fraternal que fuese la relación entre madre e hija, Leticia no logró arrancar una respuesta al instante. No esperaba la tajante pregunta por parte de su hija. Ni siquiera esperaba que su hija vislumbrase lo que estaba pasando con tanta claridad. Pero el caso es que tuvieron que pasar unos segundos hasta que Leticia pudo continuar.

—Verás, Celia —dijo al fin—, es difícil de explicar pero... Sí, puede que dentro de unos días tengamos que cambiar de casa.

—¿Por qué? ¿Es por los hombres de la Guardia Real? —preguntó Celia mirando a su madre.

Leticia miró extrañada a su hija pero no le dio más importancia a aquellas palabras, pensando que podría tratarse de algo que la pequeña hubiese soñado esa misma noche, y siguió hablando.

—He pensado que esta casa es demasiado grande para nosotras dos y que estaríamos más a gusto en una más pequeñita —trataba de razonar Leticia—. Podemos estar algunos días en casa de alguno de tus tíos hasta que encontremos un piso bonito para nosotras. ¿Qué te parece?

—A mí me gusta esta casa, mamá —contestó, con firmeza, Celia—. Y aquí estamos al lado de Lucy y sus padres. Yo sé que lo que pasa es que no puedes dar tierras ni triiii... Ni *trialgo* a la Guardia Real.

Ahora sí que Leticia no pudo disimular el hecho de no estar entendiendo aquellas cosas tan raras que su hija decía, por lo que soltó en voz alta “¿Que yo no puedo dar *qué?*”. Comenzaba a ponerle nerviosa la situación y de nuevo retomó la conversación.

—Vamos a ver, Celia. Supongo que no puedes entenderlo pero creo que es mejor que nos vayamos a vivir a otro lugar, cerca del... —decía Leticia cuando su hija volvió a tomar la palabra.

—¿Cuándo van a venir los guardianes para decir que nos tenemos que ir? Mi amigo Gigante me lo ha explicado —decía Celia, sin apenas escuchar a su madre—. Tú no puedes darle a los

señores de la Guardia Real del pueblo lo que ellos te piden y por eso van a venir a quedarse con la casa.

Leticia no sabía qué decir. No entendía de dónde sacaba su hija esas historias de gigantes y de guardianes reales cuando le estaba hablando de algo tan serio. Así, escuchando a su hija, sin entender nada, vio cómo ahora Celia se ponía de pie frente a ella y le cogía las manos.

—Pero yo te voy a ayudar, mamá —siguió la pequeña—. Y Lucy también, que va a llamar a sus padres para que vengan a echar de casa a los guardianes. Porque Gigante me ha dicho que tienes que quedarte en esta casa y luchar. ¿Y sabes qué, mamá? Si al final tenemos que irnos de casa, no pasa nada, porque podemos irnos a vivir a *La Nave Plateada* con Gigante. Allí no nos va a pasar nada malo, y te enseñaré...

—Celia... —dijo Leticia, estrujándose las sienes, mientras su hija seguía hablando, ahora sobre cómo sería aquello de vivir con su amigo.

—Celia... —insistió Leticia, más nerviosa, mientras Celia seguía hablando, sin escuchar a su madre, sobre el enorme globo en el que podían viajar a un mar helado.

—¡Celia, escúchame! —gritó Leticia, haciendo que, ahora sí, su hija acabase su relato y se quedase callada—. Dentro de unos días nos iremos de casa. Y no sé qué es todo eso de los gigantes, la nave o el hielo del mar, pero ahora no estamos jugando. ¿Lo entiendes?

Celia permaneció en silencio. Su madre, quien dijo en un tono enfadado las últimas palabras, también se quedó mirándola sin decir nada. Celia sintió que se le comenzaban a humedecer los ojos, y empezó a hablar con el único hilo de voz que le salía.

—Gigante no es un juego, mamá —dijo la niña, antes de gritar—: ¡Gigante no es un juego! ¡Y no quiero irme de esta casa!

Celia soltó las manos de su madre, que tenía agarradas hasta ese momento, mientras daba el último grito, y salió del dormi-

torio para refugiarse en la buhardilla en un arrebato de furia que incluso Frank percibió desde el salón.

Leticia no podía más y, apenas su hija la dejó sola en el dormitorio, se quedó mirando el suelo, en silencio, sin saber qué pensar ni qué hacer. Lo único que sabía o, más bien, que sentía era que aquello que goteaba en el suelo a escasos centímetros de sus pies eran sus propias lágrimas...

XVIII. ¡BIENVENIDOS A LA CIUDAD DE LES!

La siguiente ocasión que Celia y Lucy consiguieron estar juntas y prestas para viajar al mar de Siberia, reunirse con Gigante y seguir viviendo aventuras, no parecía ser como las demás. Al menos no para Celia, a quien por primera vez en mucho tiempo no le apetecía demasiado disfrutar de ese mundo al que tanto había viajado para refugiarse, como tampoco le apetecía reunirse con Gigante a pesar de todo el esfuerzo invertido en la tarea de encontrarle. Y no le apetecía todo aquello porque aún resonaban en su interior aquellas palabras de su madre en las que se refería a ese mundo, su mundo, como un juego. Eso, unido al estado en el que presenciaba a Leticia los últimos días, y sumado a lo que Gigante le contó la última vez... Era demasiado. Ahora parecía haber perdido la ilusión por aquellos maravillosos viajes en los que, de la mano de su ya inseparable Lucy, lograba evadirse de cualquier problema que pudiera retoñar, así como disfrutar de lugares y criaturas de ensueño. Pero esta vez, Celia comenzaba a comprender que ya cada viaje a ese mundo la llevaría de modo irremediable a pensar en los problemas que acechaban en su casa.

—Por favor, Celia, vamos a viajar con Gigante —le pedía Lucy, quien intentaba levantar el ánimo de su amiga—. Seguro que hoy nos enseña otros lugares muy chulos. ¡O puede que nos lleve de nuevo al *Lago de los Ojos Azules*!

La última expresión de júbilo de Lucy, aún maravillada de que, además de la bebida de *La Taberna de las Luciérnagas*, también un hermoso lago llevase su nombre, hizo sonreír a Celia. Y fuese o no por aquella circunstancia, Celia cedió a las entusiastas peticiones de su amiga.

—Está bien... Pero hoy nos quedaremos allí solo un ratito, porque creo mi madre se encuentra triste y quiero estar con ella —dijo Celia.

Y fue así como las dos amigas volvieron a protagonizar uno de aquellos momentos de máxima comunión a través de los cuales se transportaban hasta el globo tras cerrarse el baúl, siempre en dirección a la misma orilla del mar siberiano.

—¡Mira el *Lago de los Ojos Azules*, Lucy! —gritó Celia, quien de nuevo volvía a sentirse feliz por estar en ese mundo que tanto le alegraba el corazón.

En efecto, las niñas podían divisar a lo lejos, más brillante que nunca, el lago más bello que pudiera imaginarse, atestado de cisnes, setenta y cuatro en total, los cuales disfrutaban de su paraíso, algunos de ellos volando y el resto reposando sobre sus aguas. Como siempre, las olas del mar siberiano guiaron el globo en el que las aventureras viajaban, una vez aterrizado en sus crestas espumeantes, hacia la orilla que quedaba más cerca del camino que conducía al hogar de Gigante, quien a buen seguro estaría aguardando su llegada. Descendieron del prodigioso artefacto, volador y navegante por igual, y al poco rato de comenzar a andar divisaron la morada del amigo enano.

—Gigante está dentro, porque sale humo de la chimenea —dijo Celia.

Cuando las niñas entraron en la enorme casa, mil veces más grande que su dueño, se encontraron al bueno y sabio de Gigante empleándose en varias tareas al mismo tiempo: cocinando, ordenando trastos y, de vez en cuando, agitando la chimenea atestada de tizones, piñones y diferentes tipos de aromáticas ramas que

prendían fuego, ayudándose para ello de un enorme abanico hecho con una rama de palmera, tan alta como una pértiga.

—¡Hola, señoritas! Sentaos, en un minuto acabaré de guisar un delicioso plato de espinacas con garbanzos y ajos que, por cierto, yo mismo he sembrado en mi huerto. Y luego os llevaré a un lugar que jamás olvidaréis —dijo Gigante desde lo alto de una especie de plataforma a la que había de subirse con una escalera porque, como casi todo en *La Nave Plateada*, las cosas estaban pensadas para que un auténtico gigante habitase allí.

Degustaron juntos la deliciosa receta del enano y luego, al poco de salir los tres de la casa rumbo al destino anunciado aunque no desvelado por Gigante, éste notó que Celia estaba seria, mucho menos habladora que de costumbre, y él sabía a qué se debía aquella actitud. Aun así, fue Lucy quien dio el primer paso para intentar que Celia se relajase.

—Señor Gigante —dijo la pequeña de cabellos rubios—. ¿Cómo podemos ayudar a la madre de Celia?

—Veréis, jovencitas. Estas cosas son un poco complicadas y no todo depende de nosotros. Durante los próximos días tenéis que estar muy pendientes de tu madre —dijo el sabio enano señalando a Celia—, así como ayudarla de la manera que ella os diga, en especial tú, Celia. Y si ella o los padres de Lucy hablan de algunas cosas que no llegáis a entender, pensad que también ellos están preocupados por vosotras y que, hagan lo que hagan, será lo mejor para todos. Celia, recuerda que, como una vez me dijo la mayor de mis hermanas, nunca debes dudar de que tu madre hará lo que sea necesario con tal de protegerte y querer lo mejor para ti.

De alguna manera, aquellas palabras de Gigante, el auténtico y respetado *gigante* siberiano, tranquilizaron a Celia, quien pensó que había llegado el momento de demostrar que ya no era un bebé, sino una niña que podría ayudar a su madre, fuera cual fuese el problema que surgiera de ahora en adelante. Incluso in-

tuyó por primera vez que, a partir de entonces, querría pasar mucho más tiempo libre con su madre, aunque ello conllevarse el tener que viajar con menos frecuencia a los fascinantes destinos siberianos.

El caso es que, poco a poco, Celia comenzó a sentirse mejor y los tres amigos siguieron a buen ritmo la marcha que iba a conducirlo al más memorable de sus episodios aventureros juntos. A medida que atravesaban montañas, ríos y bosques, Lucy iba sorprendiéndose más y más de cada nueva criatura que Gigante le iba presentando. Hubo una, junto a un árbol, que le enterneció mucho. “Es una marmota de las nieves, y el animalillo al que protege con sus alas rojas es su cría”, le explicó Gigante. Otras especies le hacían gracia, y no solo a ella, también a Celia. “Lo que veis saltar entre las copas de los árboles es un *shimbo*, una especie muy particular que solo veréis en estos bosques y que es mitad ardilla, mitad león. Y aquel mono de allí que tanta risa os provoca por los ruidos que emite es un mono trompetero”, añadió el sabio enano.

De repente, mientras Gigante explicaba a Lucy el nombre de unas extrañas plantas que les salían al paso, Celia comenzó a escuchar unas voces a lo lejos. Sintió temor, pensando de nuevo en aquellos guardianes que podrían estar buscando a Gigante, pero aquel miedo pronto se disipó al distinguir entre las voces las de varias mujeres, hombres, niños y ancianos. Parecía que se acercaban a alguna aldea, o incluso a alguna ciudad a tenor del ruido que iba in crescendo a medida que avanzaban en la misma dirección. Se escuchaban caballos correteando, voces de todos los colores gritando: “¡Aquí, frutas! ¡Prueben estas deliciosas sandías de pepitas verdes!”, “¡Aquí, ropa! ¡Vean las camisas de cuadros y abríguense con las mantas de lunares!”... También se oía la música de guitarras mientras otra voz, de anciana en esta ocasión, volvía a destacar entre las demás: “¡Aquí, máscaras para el carnaval! ¡Y no olviden probar el riquísimo *cocholate*, aún más delicioso que el

mismísimo chocolate!”. Celia se relamió al escuchar a la tendera, imaginando el desconocido manjar cuyo nombre le resultaba tan gracioso. Lucy se había percatado también de aquellos sonidos y Gigante supo que ya sus acompañantes prestaban más atención al bullicio que se oía cerca que a sus explicaciones.

—¡Ajá! Ya casi estamos —dijo el enano unos segundos antes de llegar al final de un bosquecillo que atravesaban en ese instante, cuando de repente dejaron atrás los últimos árboles—. ¡Bienvenidas a la gran ciudad de Les, la capital de las tierras siberianas!

Celia y Lucy no daban crédito a lo que sus ojos veían. Parques llenos de animales que se movían en libertad; preciosos y alegres burros plateados, marrones o blancos que brincaban junto a los niños; calles transitadas por decenas de bicicletas con caldera incorporada; casas de madera roja; profesores impartiendo lecciones a sus alumnos en las plazas; escuelas al aire libre; tríos y cuartetos de músicos interpretando sus melodías con armónicas, gaitas, acordeones y tambores... El mercado estaba atestado de personas; las casas y otros edificios estaban flanqueados en sus esquinas por graciosas macetas con diversos tipos de plantas y flores que también colgaban de las paredes exteriores y que eran regadas con mimo por sus cuidadores; molinos de agua salpicando algún huerto comunitario; vecinos que, juntos, diseñaban la manera en que las técnicas agrícolas hicieran que las plantaciones abasteciesen a todos sus habitantes; niños que jugaban e intercambiaban artilugios con los hijos de los mercaderes o viajeros llegados desde cualquier rincón del mundo; pequeñas embarcaciones, unas de competición deportiva, otras empleadas como medio de transporte, de recreo o como herramienta de trabajo, poblando la playa que se veía a lo lejos a través de una pequeña cala; multitud de fuentes, de todos los tipos, para saciar la sed de los habitantes de Les gracias a su agua pura y fresca; modernos sistemas eólicos que proporcionaban energía limpia a la capital siberiana; un almacén en el que se reciclaban productos a los que se les daba, así, una

segunda vida, y que llamaba la atención porque sobre la puerta de entrada, que era redonda, colgaba un viejo submarino verde en posición invertida; incluso un bonito parque salpicado por cómodos bancos para recostarse a leer, en cuyas estanterías talladas en piedra y madera las personas podían depositar los libros y recoger otros sin necesidad de pagos ni registros de ningún tipo... ¡Todo en armonía, la gente feliz! “Una ciudad tradicional y moderna al mismo tiempo, alegre, vistosa, innovadora y atrevida en la que todo es posible”, decía Gigante a las niñas.

Los tres amigos se fusionaron con el gentío de aquel fascinante ambiente y disfrutaron del espectáculo que constituían las gentes, los olores, las voces y los colores del mercado. Poco después, mientras Lucy escuchaba admirada cómo Gigante le explicaba que en aquella ciudad no había fábricas, ni coches, ni humos tóxicos que respirar, Celia no paraba de mirar una bandera que sobresalía tras el techo de una casa a no muchos metros del punto exacto por donde caminaban. La bandera parecía de terciopelo negro y en el centro resaltaba, como en relieve bordado, un hermoso pentagrama en blanco con la elegante clave de sol atravesando sus cinco líneas.

—¿Por qué está allí esa bandera, Gigante? —preguntó Celia, señalando la dirección donde se erguía el mástil.

Su amigo, un tanto despistado porque en ese momento estaba nombrándole a Lucy las diferentes hierbas e infusiones que abarrotaban las estanterías de *La botica de Ykahs*, la más famosa de cuantas existían en las tierras del mar siberiano, miró el lugar señalado por Celia y sonrió.

—¡Perfecto! ¡Ya queda poco! Acompañadme unos metros más y habremos llegado —dijo Gigante.

El enano, seguido por las dos niñas, cruzó la calle en la que se encontraban. A continuación, bordearon la esquina de la casa a cuyas espaldas parecía estar la bandera, recorrieron un estrecho callejón, iluminado por las luces que traspasaban los ventanales

de la Biblioteca Nacional de Les, a través de las cuales se veían decenas de niños leyendo libros y representando improvisadas obras. Y, al final de la callejuela, llegaron a una hermosa plaza a cuyos lados había varias casas coquetamente adornadas, y presidida por un hermoso edificio que pronto llamó la atención de las dos niñas.

—¡Mis jóvenes amigas —dijo entonces Gigante—, os presento el Gran Teatro Siberiano!

Jamás vieron los ciudadanos de Les dos rostros que transmitiesen semejante asombro. Las dos niñas se quedaron a los pies de las escalinatas que conducían a la puerta de entrada del Gran Teatro. Lucy estiró las facciones de su cara al máximo hasta dibujarse en ella una sonrisa de oreja a oreja, y comenzó a aplaudir al tiempo que decía: “¡Ya puedes decírselo, Gigante! ¡Ya puedes!”. Celia, no menos fascinada, miró a su amiga, no entendiendo qué era lo que su amigo enano debía decirle.

—Mis queridas amigas —comenzó a hablar Gigante en tono lento y pausado, como a él tanto le gustaba—, os he traído a este hermoso teatro por varias razones. Para empezar, porque quería que conocieseis el coliseo más bonito del mundo, donde cada día se representan bailes, cuentos, conciertos, obras de ópera o de danza. Además, os diré que el arquitecto que lo diseñó, y a quien todos aquí conocen como el Genio Zitro Azebac, también enano como yo, me ha obsequiado con tres entradas para que esta noche podamos entrar y disfrutar de una hermosa obra de teatro. Pero sobre todo, os he traído aquí porque esta noche habrá una doble función...

Gigante imprimió aún más intriga a esas últimas palabras, mientras Celia seguía mirando de reojo cómo Lucy sonreía nerviosa. Entonces, Gigante subió varios peldaños de la escalinata, se dio la vuelta, miró a sus amigas, y alzó la voz, para que todos los que en ese momento caminaban por la plaza se enterasen.

—Señoras y señores, tras la obra de teatro de esta noche tendremos el honor de presenciar la actuación de la Orquesta Nacio-

nal de Siberia —clamaba el pequeño hombre—, que interpretará sus piezas a las órdenes de la batuta de la gran directora... ¡Celia!

“¡Bravo!”, “¡Hurra!”, gritaba una pequeña multitud que se había congregado en torno a la fachada principal del Gran Teatro de Les, escuchando a Gigante hablar. La rechoncha cara de Celia se puso roja como un tomate, mientras Lucy, que había confesado al enano cuál era el gran sueño de Celia en un momento en el que ésta se despidió en el camino, no paraba de aplaudir a su lado y de saltar de alegría por la gran sorpresa que acababan de darle a su amiga. Entonces, la propia Lucy, viendo que Celia se había quedado paralizada sin saber qué decir, la cogió del brazo y subieron las escalinatas, en cuyo tope ya estaba Gigante, admirando una vez más las esculturas de los muros y las columnas del teatro, creación de su amigo, el genio arquitecto enano. Gigante sacó de su bolsillo las entradas y leyó en voz alta a través de sus anteojos.

—Fila ocho. Asientos ocho centro, ocho izquierda y ocho derecha —decía el sabio hombrecillo—. Daos prisa, señoritas. Está a punto de comenzar la obra de teatro *Las aventuras de Irina e Isinyeva*. Ajá, parece interesante... ¡Y tras el descanso llegará el turno de Celia y la Orquesta Nacional de Siberia!

Gigante se quitó los anteojos al terminar de leer el programa de la función. Lucy, presa de una emoción evidente, apretaba la mano de su amiga. Y, mientras, Celia... Celia seguía sin poder decir nada y con los ojos abiertos como platos. Estaba tan nerviosa que no podía hablar, pero en lo más profundo de su corazón sentía que aquel era uno de los días más felices de su vida...

XIX. ALEGRÍAS E INQUIETUDES...

No fueron días fáciles para Leticia. Le quedaba al menos el consuelo de que no pasó demasiado tiempo desde la discusión en el dormitorio de Celia hasta que fue en busca de ella para pedirle perdón, a lo cual su hija le respondió de una manera muy madura: “No tienes que pedir perdón, mamá, yo te quiero”. Pero lo que no imaginaba Leticia es que, llegado el lunes siguiente, tendría algo inesperado que agradecer a Frank y Diane...

Eran poco más de las diez de la mañana cuando la joven madre, que se disponía a salir de casa, recibió una llamada de teléfono.

—My friend! —dijo Diane, algo excitada, al otro lado de la línea—. ¿Estás en casa?

—Sí —respondió Leticia—. Iba a salir justo ahora pero aún estoy aquí. ¿Va todo bien?

—No, my friend. Bueno, sí... —Diane parecía nerviosa—. Vale, espera en casa, please. Llegaré en diez horas... ¡Quiero decir, en diez minutos! Pero don't worry, son buenas noticias. ¡Ciao!

Leticia sonrió tras la conclusión de la llamada debido a la atropellada intervención de su amiga. Pero el hecho de que Diane le dijese, justo antes de colgar el teléfono, que se trataba de buenas noticias, controlando a duras penas sus nervios, le hizo pensar

por un instante que los resultados del proyecto científico que su amiga y Frank estaban llevando a cabo podrían haberles deparado resultados sorprendentes o, mejor aún, que los doctores hubiesen encontrado alguna explicación a la dolencia de Lucy. El caso es que pasaron diez minutos, doce, quince... Leticia comenzaba a impacientarse pero al fin el motor del coche de Diane sonó en el exterior. Fue al encuentro de su amiga, quien acababa de aparcar el automóvil y aún salía del mismo.

—Hola, Diane —saludó Leticia—. Dime, ¿por qué estás tan nerviosa?

—Mejor vamos adentro, my friend —dijo Diane, quien no pudo disimular una sonrisa sin que Leticia se diese cuenta.

Ya sentadas en el sofá del salón, Diane comenzó a hablar muy despacio para tratar de explicar bien lo que quería decir.

—He estado conversando con Frank esta mañana, luego he hablado con la abogada de la asociación que nos está ayudando con tu caso y ella ha llamado al banco. Y vengo a decirte que van a paralizar tu desahucio —dijo la norteamericana.

Leticia, lejos de reaccionar de la manera en que Diane habría esperado, se limitó a responder con un breve pero elocuente: “¿Qué?”. Diane, que había atado bien todos los cabos antes dar la noticia a su amiga, para asegurarse de lo que estaba hablando, quiso añadir un poco más de intriga al momento y le recordó lo que hablaron con los representantes del banco durante la última reunión, enfatizando que con el salario de su nuevo empleo podría retomar el pago de la hipoteca.

—Diane, perdona —interrumpió Leticia, alisándose el pelo con un gesto de impaciencia al no acabar de entender por qué su amiga le explicaba ahora una serie de detalles que ella ya conocía—. ¿A qué viene todo eso? Sé lo que nos dijeron. El problema es que no tengo trabajo, ¿recuerdas?

Diane escuchó la frase que estaba esperando y entonces anunció: “Ahora sí lo tienes, Leticia. Desde hoy mismo tienes un empleo”.

—¿Cómo que tengo un empleo, Diane? —dijo Leticia, un tanto nerviosa, haciendo que su amiga se decidiese al fin por explicarle lo que quería decirle.

—My friend, lo que quiero decir es que Frank y yo hemos pensado que si el proyecto sigue yendo bien, podemos continuar investigando aquí más tiempo de lo que habíamos planeado —decía Diane—. Tendríamos que ir algunas veces a Nueva York pero seguiríamos trabajando aquí, donde Lucy es feliz estando con Celia. Y para eso hace falta más gente en el equipo. Para empezar, vamos a necesitar una persona que se encargue de todas las cartas que nos llegan cada día, las facturas, gestiones administrativas y otros trámites que aún no entendemos bien. Y pensamos que tú serías perfecta para eso...

Ya mucho antes de llegar a la última frase, Diane vio cómo los ojos de Leticia comenzaban a empañarse. La joven madre soltera no acababa de creer lo que estaba escuchando. Nada pudo decir y su reacción no fue otra que proferir a su amiga un largo y fuerte abrazo con el que agradeció lo que ella y su marido iban a hacer para ayudarla.

La sorpresa que se llevó Celia ese día, cuando su madre la esperaba a la salida del colegio y le contó la noticia de camino a casa, fue monumental. Y no menos feliz fue la merienda que disfrutaron por la tarde los cinco juntos, en la vivienda de Leticia. Fue una reunión marcada por la alegría y que se desarrolló en torno a un bizcocho preparado para la ocasión por la anfitriona, además de infusiones para los mayores y zumos frescos para Lucy y Celia. Tan bien se lo pasaron los cinco juntos, que la merienda se alargó hasta bien entrada la noche. Aunque bien es cierto que para entonces hacía ya un buen rato que las dos pequeñas habían acudido a su habitual cita en el ático de casa, más motivadas que nunca para viajar a la bella Les, reunirse con Gigante y comunicarle las grandes noticias que sin duda también a él le alegrarían. Además, y eso no lo olvidaba ninguna de las dos amigas, aguardaba el esperado debut de Celia como directora de orquesta...

Pero no todo fueron alegrías esa tarde... Ya durante la merienda, antes de subir al ático, Celia notó algo extraño en Lucy. Ninguno de los adultos parecía percibirlo -o quizá prefirieron no hablar del tema- pero el caso es que Celia observó que su amiga se encontraba más cansada esa tarde, así como con menos apetito que de costumbre. La veía desganada, aunque también era evidente que la pequeña Lucy hacía verdaderos esfuerzos por no llamar la atención del resto en tan dichosa reunión. Así, cuando ya ambas estaban juntas en la buhardilla y Lucy se disponía a darle a Celia su indispensable percha de madera, Celia dijo: “Espera Lucy, podemos viajar a Les un poco más tarde. Antes quiero preguntarte algo...”.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Lucy.

—Pues... —Celia no sabía cómo preguntarlo—: ¿Te encuentras bien?

A Lucy le sorprendió la pregunta, pero ella era muy astuta y, además, era mucha la intimidad que las dos amigas habían desarrollado. Así que Lucy adivinó rápidamente aquello a lo que Celia se refería.

—Bueno... Estoy un poquito más cansada de lo normal desde hace algunos días, pero eso es todo —dijo Lucy sonriendo, tratando de restarle importancia, antes de cambiar de tema.

“¡Vamos, Celia, hoy tenemos que buscar en el baúl ropa más elegante porque tenemos que ir al teatro con Gigante!”, decía la pequeña de cabellos rubios. Pero al mismo tiempo miraba de reojo a Celia y, viendo que ésta la observaba con gesto serio y preocupado, accedió a regañadientes. “Vale, está bien...”. Y con esas palabras dio comienzo una conversación marcada por la confianza y la sinceridad, de la manera en que solo pueden tenerla dos niños muy unidos, muy amigos, como era su caso, es decir, diciendo las cosas sin prejuicios, con inocencia, sin tapujos y con la naturalidad que a los adultos, más dados a la trascendencia de las cosas, les cuesta tanto emplear.

Lucy llegó a contarle a su amiga que sus padres y los doctores le habían dicho que estaba enferma desde hacía tiempo. También le explicó que se habían mudado al pueblo porque, al parecer, sus padres habían descubierto que era uno de los lugares donde más horas de sol se daban al cabo del año, y que eso podía venirle muy bien para poder recuperarse. Celia iba relacionando lo que su amiga le iba contando con ese tono pálido de su piel que tanto le había llamado la atención cuando se conocieron y, en lugar de ceder ante esa curiosidad de naturaleza invasiva tan típica en las personas mayores, prefirió no preguntarle qué enfermedad tenía. Pero Lucy se adelantó y aclaró: “Mis padres dicen que los médicos no saben todavía lo que me pasa pero muy pronto van a descubrir por qué estoy tan débil”.

Transcurrió así la tarde entera, conversando las niñas con total tranquilidad. Lucy le contó a Celia cómo era su casa de Nueva York, quiénes eran sus amigos del colegio, cómo eran los edificios y los museos en esa ciudad, qué hacía con sus padres los fines de semana y muchas cosas más. También Celia repasó algunos episodios de su vida. Al menos, aquellos -muchos o pocos- que una niña de ocho años puede almacenar en su memoria. Sin darse cuenta, el tiempo pasó, la tarde entera se esfumó y las niñas no pensaron en Gigante ni en la esperada función del Gran Teatro Siberiano, que por el momento tendría que esperar. Las dos amigas hablaron y hablaron, y rieron y se relataron anécdotas sin parar.

Y así llegó la hora de bajar al salón para cenar con sus padres. Entonces, aún estando ya mucho más animadas que cuando comenzaron a conversar, una preocupación invadió a Celia, una preocupación que ya albergaría siempre. Ella sabía que a su querida amiga le pasaba algo. Y no sabía por qué pero esa preocupación era muy diferente a la que había sentido cada vez que tuvo la necesidad de viajar al mar siberiano para reunirse con Gigante. Celia miraba ahora a Lucy, pensaba en ella, y se preguntaba, una y otra vez, a qué se debería aquella inquietud...

XX. EL AMOR COMO MEJOR REMEDIO

Pasaron varios días. Leticia se había incorporado a su nuevo puesto de trabajo como secretaria en las instalaciones de estudio de energía solar que dirigían sus amigos Frank y Diane, lo que compatibilizaba con una formación constante ya que también acababa de comenzar a estudiar un curso de Gestión y Administración que podría poner en práctica en el nuevo empleo. También se centró en saber más acerca de todo lo que tuviese que aprender sobre el proyecto de sus amigos, empapándose de libros y reportajes, yendo a la biblioteca, o incluso recibiendo explicaciones por parte de sus dos *jefes*. De alguna manera, Leticia había vuelto a nacer y no estaba dispuesta a defraudar a sus amigos tras la oportunidad que le habían brindado. Su motivación era máxima, nunca paraba, siempre tenía algo que hacer. Frank y Diane nunca dudaron de su compromiso cuando le ofrecieron el puesto, pero no pensaron que Leticia fuera a esforzarse tanto, y de manera tan noble, desde el primer día que se incorporó a trabajar. A todo ello se unía la tranquilidad que a la propia Leticia le había proporcionado el anuncio del banco de paralizar la orden de desahucio, una vez probada su nueva situación laboral. Leticia sabía que comenzaba así un largo camino que debería recorrer poco a poco. Pero su determinación para afrontarlo era firme.

Todo parecía ir a mejor con el paso de los días para las dos familias amigas. Pero solo lo parecía... La realidad era otra. Los atisbos de cansancio que Celia observó en su menuda amiga, ya muchos días antes, no fueron casuales. En efecto, la salud de Lucy se había resentido mucho en las últimas semanas. Una noche, mientras Leticia y Celia cenaban, la madre observó que su hija estaba ensimismada y apenas hablaba. Leticia, quien sabía que su hija estaba mucho menos alterada por la cuestión de haber podido que abandonar la casa, sabía muy bien que lo que ahora preocupaba a su hija era el estado de salud de su mejor amiga. Así que la joven madre decidió reunir fuerzas para hablar con Celia sobre tan delicado asunto, pero justo cuando iba a abrir la boca, su hija se adelantó.

—Mamá, ¿qué le pasa a Lucy? —dijo Celia.

Leticia pudo responderle mil cosas diferentes con las que evadir el tema, al menos en parte. Pero prefirió encarar la situación y no dejar pasar más tiempo para que Celia supiese de una manera más certera aquello que podía estar sucediéndole a su querida amiga.

—Celia —comenzó Leticia—, Lucy está enferma. Está un poco débil y cansada desde hace tiempo, y quizá esto vaya a más en los próximos días. Así que a partir de ahora deberíamos procurar que descansase más tiempo en su casa y evitar visitarla todos los días.

La pequeña Celia recibió apesadumbrada la propuesta de su madre, sobre todo porque entendía a la perfección la lógica de lo que Leticia expuso. Era normal que durante un tiempo tuviera que ver con menos frecuencia a su amiga, como de hecho estaba sucediendo en las últimas semanas, si Lucy necesitaba más descanso. Pero también sabía que era en su buhardilla donde ella y Lucy emprendían aquellos maravillosos viajes que sus propios padres desconocían, y que sería muy difícil llevarlos a cabo en cualquier otro rincón de cualquiera de los dos hogares.

—Lo que quiero decir —siguió Leticia— es que a partir de ahora, cuando te apetezca pasar un rato con Lucy preguntaremos antes a Frank o a Diane para ver si se encuentra mejor o si necesita descansar, ¿de acuerdo?

Celia asintió con la cabeza pero no pudo evitar preguntar aquello que le producía tanta incertidumbre.

—Pero, ¿se va a poner bien? —insistió la pequeña.

—Claro que se va a poner bien, hija —respondió, sin dudarlo, Leticia...

Pocos días después, Frank telefoneó una tarde a Leticia para decirle que al día siguiente tendría que quedarse ella sola en la oficina y al tanto de las instalaciones del campo, hasta que él o Diane llegasen un poco más tarde.

—Mañana por la mañana tenemos que ir Diane y yo a la revisión médica de Lucy —explicó Frank—, así que nuestra pequeña no acudirá al colegio. Tras la visita al doctor, ella se quedará en casa con uno de nosotros y el otro se reunirá contigo lo antes posible.

—De acuerdo, Frank —contestó Leticia—. Tenedme informada de los que os digan en el hospital, por favor.

Al día siguiente, en cuanto Frank se incorporó a su puesto de trabajo, Leticia le preguntó cómo se encontraba Lucy. Aquel hombre respiró con intensidad y, mirando la intensa luz solar que entraba en ese momento por una de las ventanas de la pequeña oficina prefabricada, explicó la situación.

—No muy bien, my dear friend —dijo el científico—. El doctor ha comprobado los resultados del último análisis y hemos estado viendo también los informes enviados por el otro doctor, el que lleva el caso de la dolencia de mi hija desde Estados Unidos. Siguen sin saber por qué, pero ambos coinciden en que las defensas de Lucy están cada día más débiles. Es verdad que al poco

tiempo de venir aquí todo parecía ir mejor... Sin embargo, desde hace ya varias semanas...

Frank parecía no poder seguir hablando. Leticia le pidió que tratara de calmarse, viéndole cada vez más emocionado, y le preguntó qué le habían dicho los doctores sobre lo que tenían que hacer a partir de ese momento. Frank bajó la mirada y volvió a subirla para tratar de refugiarse en los rayos del sol, que iban a parar justo a su rostro.

—Los médicos están haciendo todo lo que pueden para que sus pruebas e investigaciones den respuestas lo antes posible. Pero mientras tanto, lo único que podemos hacer es esperar a que puedan encontrar la maldita causa del mal de mi hija. Por eso también seguimos investigando nosotros aquí. Y si no encuentran pronto un remedio, al parecer hay posibilidades de que... —Leticia, que sabía cómo podía terminar esa frase, no dejó que Frank dijese nada más y trató de calmar sus ánimos.

Eran, sin duda, momentos difíciles los que estaba pasando aquella particular *familia* que formaban el padre, las dos madres y las dos hijas. Los días siguieron pasando y, mientras el proyecto se asentaba gracias a la determinación y a la pasión de Diane y Frank trabajando en sus investigaciones, la vitalidad de Lucy iba apagándose poco a poco como una vela radiante cuya llama pierde intensidad sin prisa pero sin pausa. “Qué injusta es la vida”, susurraba Leticia algunas noches al irse a la cama, viendo que justo ahora que había logrado la estabilidad necesaria para conservar su casa, eran sus amigos quienes a duras penas conciliaban el sueño al otro lado de la pared.

Pero había algo en medio de toda esa situación que no decaía, sino más bien todo lo contrario. Algo de una fuerza inconmensurable que las dificultades no lograban quebrantar. Celia tenía claro que si Lucy se encontraba cada vez más débil y no podía acudir a sus deseadas citas en la buhardilla, sería entonces ella quien visitaría a su amiga en su dormitorio todos los días que fueran nece-

sarios, aunque ello conllevara desoír las recomendaciones de sus padres y de los doctores. Ella quería pasar más y más tiempo con Lucy. Sabía que en realidad las palabras de sus padres sobre que no la molestase demasiado eran meros formalismos, porque ellos, mejor que nadie, veían el bien que las visitas de Celia hacían en el ánimo de Lucy y estaban convencidos de que aquella era la mejor de las terapias para ayudar a la pequeña a reponerse. Hacía ya tiempo que los padres habían observado la portentosa unión que se había forjado entre sus hijas, y se mostraban felices por ello.

Así que eso fue lo que Celia hizo cada tarde durante varias semanas: acompañar a su amiga y seguir pasándolo bien juntas. En casa de Lucy, las pequeñas no disponían de las condiciones necesarias para atreverse a emprender sus largos viajes porque resultaba complicado trasladar hasta allí los secretos que guardaban en el baúl, y porque Frank o Diane solían entrar en el dormitorio a menudo para comprobar el estado de Lucy. Pero, he ahí la sorpresa, tampoco las niñas sintieron la imperiosa necesidad de tener que volver al Gran Teatro de Les y reunirse con Gigante después de tantos días sin estar los tres juntos. Como mucho, hablaron sobre todos los planes que querían llevar a cabo una vez regresasen a la hermosa capital siberiana con el sabio enano, como también prepararon el repertorio que Celia interpretaría en su estreno al frente de la Orquesta Nacional de Siberia. Pero más allá de eso, las amigas pasaban las horas hablando sobre cualquier cosa, leyendo, enseñando Lucy a Celia palabras y expresiones en inglés, repasando Celia las tareas del colegio con Lucy, contando chistes y, algunas veces, riendo a carcajadas con las alocadas historias de Frank.

En cualquier caso, no cabía la menor duda de que las dos niñas eran felices estando juntas. Y esa relación rebotante de luz contrastaba con la tristeza de unos padres que advertían el deterioro del estado de salud de Lucy a medida que pasaban los días, cosa que también notaba Celia aunque desde una perspectiva muy

diferente. Una perspectiva que con el paso del tiempo parecía hacerse más admirable. Porque siguieron pasando los días, las semanas, incluso los meses, y los avances médicos no lograban dar con el origen ni con el remedio de la enfermedad, por lo que la salud de Lucy siguió empeorando. Y, sin embargo, Celia... Desde la sensibilidad de una niña de ocho años, Celia jamás paró de regalar amor a su amiga cada vez que la visitaba...

XXI. UN CONCIERTO IMPOSIBLE DE OLVIDAR

Mediados de abril. Se despedía ya una calurosa tarde. La noche se reflejaba al fondo con un telón mitad naranja, mitad rosa que hace que ese tramo del día sea tan especial. Pocos coches se escuchaban pasar por la calle donde Celia vivía. Por el contrario, lo que sí sonaba por todos los rincones de su casa era el canto de jilgueros, gorriones y golondrinas. Los pájaros cantaban con la llegada de la puesta de sol y a Celia le fascinaba aquel momento del día, que aprovechaba para salir a la terraza y ver de cerca el vuelo de aquellos formidables cantores alados.

Allí, en la terraza de su casa, se encontraba la pequeña soñadora cuando de repente vio salir a Diane alterada de su casa. Se dirigía al hogar de sus amigos. Pocos segundos después sonó el timbre, justo debajo de donde Celia miraba la escena desde la terraza.

—¡Mamá, abre, es Diane! —gritó Celia.

—Hola, Leticia. Llama a Celia y venid a casa, por favor —dijo Diane tras abrir su amiga la puerta.

Leticia se disponía a dejar la casa y cerrar con llave cuando, estando ya las tres en el zaguán, Diane recordó algo.

—Oh, sorry! Cariño, Lucy me ha pedido que traigas algo así como una percha y el resto de cosas... —dijo Diane dirigiéndose

a Celia con un gesto de no entender por qué tenía que preguntarle aquello, al igual que Leticia, quien tampoco comprendía a qué podía referirse.

—Diane, ¿es Lucy? —dijo de repente Leticia, aprovechando que su hija había subido a la buhardilla.

Diane asintió con la cabeza, sin poder decir ni una sola palabra, tal era el pesar que tenía. Cuando se repuso, y aún antes de que Celia volviese, pudo matizar.

—Mi pequeña quiere que Celia vaya a verla y me ha dicho que tenía que llevar una percha porque quieren ir a un teatro de Siberia, o algo parecido —terminó Diane, justo en el momento en el que Celia apareció de nuevo con una mochila (que parecía ir cargada de cosas) a la espalda.

Cuando llegaron al dormitorio de Lucy, la puerta estaba entreabierta. A medida que se acercaban, podían escuchar las risas que llegaban desde el interior, cosa que los tranquilizó. Frank estaba contando a su hija uno de los fascinantes experimentos de sus libros, que tanto gustaban a Lucy. De repente, el padre vio que a su hija, sin muchas fuerzas para incorporarse, se le iluminó la cara cuando Celia apareció por la puerta.

—¡Celia! Ven a escuchar los experimentos de mi padre —dijo Lucy.

A Leticia, que durante los últimos meses estuvo ayudando a sus amigos en el cuidado de Lucy, le impresionó verla tan frágil. Sin embargo, Celia vio a su amiga igual de hermosa que siempre, aún sabedora de que en los últimos días la situación se había vuelto más delicada, y en cuanto entró en el dormitorio se fue flechada a la cama con ella, tales eran las ganas que tenía de estar a su lado.

—Celia, ¿te apetece viajar a Les? Gigante y la orquesta llevan esperándonos mucho tiempo —sugirió la pequeña Lucy.

—¡Vale! —contestó Celia, lo que provocó que Lucy, sonriendo, casi lograra incorporarse completamente.

Entonces, Celia abrió la pequeña maleta sobre las sábanas de la cama, cogió del interior una chaqueta de hombre que puso sobre los hombros de Lucy, le dio un llavero plateado con la inconfundible forma de una mariposa pequeña, sacó una manta, una percha... Y también sacó una foto, aquella de un paisaje nevado que no había visto hasta que se atrevió a abrir el baúl por vez primera. Al igual que cuando estaban en el ático de la casa de Celia, las dos niñas se cogieron de las manos, ya ataviadas con todas aquellas provisiones que, procedentes del viejo baúl de madera con cierres de latón dorado, parecían transmitirle un incontrolable poder de imaginación. Luego sonrieron de manera nerviosa, esta vez Lucy no cerró sus brillantes ojos... ¡Y de repente tuvieron la sensación de que se alejaban de aquel dormitorio y pocos segundos después sintieron que se encontraban ya en el interior del prodigioso globo en el que siempre viajaban, volando a través de los aires fríos de la encantadora Les e iniciando el descenso hacia el centro de la plaza en la que se encontraba el Gran Teatro! Celia, una vez arribado el globo, cogió la mano de Lucy y la ayudó a bajar del mismo. Subieron rápidas como gacelas las escalinatas del teatro, en cuyos camerinos pronto encontraron al sabio Gigante.

—¡Al fin, mis queridas amigas! ¿Dónde os habíais metido todo este tiempo? —dijo Gigante—. Os habéis perdido una obra teatral maravillosa... ¡Y muy divertida! *Las aventuras de Irina e Isinyeva*. ¿Os acordáis?

—Lo sentimos, señor Gigante —respondió Lucy—. ¿Hemos llegado a tiempo para la actuación de Celia y la orquesta?

—¡Por supuesto! De hecho, escuchad... Ya suenan los avisos que anuncian que el espectáculo va a comenzar —decía orgulloso el pequeño hombre—. Señorita Lucy, tú te vienes conmigo a las butacas. Celia, ¡la orquesta te espera!

—¡Suerte, Celia! —gritó Lucy, con una sonrisa radiante y plena que ya jamás olvidaría Celia...

Quienes tampoco olvidaron jamás aquella sonrisa orgullosa de Lucy, en quien resaltaban sus ojos brillantes como ópalos, así

como su grito deseando suerte a Celia, fueron los padres de una y otra niña, que ahora lo entendían todo. Atónitos, y ya sin poder reprimir las lágrimas por el momento que estaban viviendo y por la demostración infinita de amistad que las niñas estaban transmitiendo en esa especie de mundo de fantasía en el que parecían estar, los adultos observaban cómo las niñas disfrutaban de lo que a buen seguro les había tenido ocupadas tantas y tantas tardes en la misteriosa buhardilla. Especialmente emocionada se encontraba Leticia, quien ahora comprendía por qué su hija no le decía nunca a qué jugaban cuando estaban solas en el ático: los objetos y prendas con los que se divertían las niñas eran parte de los recuerdos que ella guardaba en el baúl donde se encontraban las cosas de su novio... “La chaqueta que ahora viste Lucy solía llevarla él para montar en moto los fines de semana”, explicaba Leticia a sus amigos. Asimismo, la placa con la forma de mariposa se la regaló ella misma para las llaves de la nueva casa; la manta que envolvía el cuerpo de Celia era la misma con la que Leticia era arropada por su pareja cuando veían juntos una película en las frías noches de invierno; la percha de madera le traía inmejorables recuerdos a la joven madre porque con ella marcaba su novio el son de una divertida canción de amor que él mismo había compuesto para ella. Por último, la madre de Celia observó una foto muy especial. Esa foto era, en realidad, una postal de Siberia que, como más adelante conocería su hija, le regaló un día el joven padre a Leticia por tratarse del destino al que habrían querido viajar en su luna de miel... Leticia le dijo varias veces a su hija que no quería que abriese el baúl, pero justo en ese momento, observando a las dos niñas, se alegró de que Celia hubiese desobedecido la orden.

Las niñas parecían no darse cuenta de que sus padres las observaban a escasos metros, desde la puerta del dormitorio. Aunque sabían que ellos estaban allí, Celia y Lucy se encontraban, en realidad, muy lejos de aquel espacio físico. Celia se movía de un

rincón a otro de la habitación, agitaba las manos, resoplaba para librarse de los nervios, y ahora... ¡Ahora estaba saludando al público del teatro! Levantó la percha, que en el escenario hacía las veces de batuta. El concierto estaba a punto de comenzar. Lucy, que casi logra levantarse de la cama por la emoción de ver cumplido el sueño de su amiga, no paraba de aplaudir entre el público que abarrotaba las butacas del coliseo. “¡Bravo, Celia! ¡Bravo!”, gritaba sentada junto a Gigante. Mientras tanto, Leticia, Diane y Frank se estremecían, reían y lloraban contemplando aquella tremenda escena que incluso daba la sensación de lograr calmar los dolores de Lucy y alegrarle el corazón...

“Chan, ta chan, ta ta ta chan...”, tarareaba Lucy a medida que Celia movía los brazos indicando el ritmo de la música con su batuta de madera. Gigante disfrutaba a su lado. Una pieza musical, y otra, ahora el delirio del público... ¡Y otra pieza más! Fue un éxito rotundo el debut de Celia al frente de la Orquesta Nacional de Siberia. Al término de la última canción, los espectadores, en pie, no paraban de ovacionar la brillante actuación de la joven prodigio. Desde sus asientos, el sabio enano y Lucy no paraban de gritar y aplaudir.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamaba Gigante.

—¡Eres la mejor, Celia! —repetía una y otra vez Lucy.

Celia, que no paraba de inclinar su cuerpo para agradecer al público la interminable ovación, miraba a sus amigos, radiantes de felicidad por su gran actuación. Más aplausos, más hurras... Celia volvió a mirar los asientos en los que se encontraban Gigante y la pequeña Lucy y esta vez le pareció que su amiga repetía en un tono de voz cada vez menos audible sus gritos de alegría, así como también se percató de que Lucy aplaudía ahora de forma más pausada. Celia se asustó. En medio de la sonora ovación del público de Les, Celia descendió del escenario sin pensarlo, corrió entre los espectadores y cuando llegó donde sus amigos se encontraban, vio cómo Gigante, triste, sostenía a Lucy, quien al ver que Celia llegaba su lado, quiso decirle algo.

—Bravo, Celia. Eres la mejor directora de orquesta del mundo... Y también la mejor amiga —dijo Lucy, sonriente, aunque esta vez con un hilo de voz, mientras sus ojos se cerraban con dulzura, poco a poco.

Celia iba a responder a su amiga, quien parecía estar quedándose dormida, pero poco a poco comenzó a escuchar lejanos gritos, llantos y lamentos. “Lucy!”, “My baby girl!”, “No!”... De repente, Celia se dio cuenta de que ya no se encontraba en el teatro de Les. Tampoco veía ahora a Gigante, ni a los miembros de la orquesta, ni tampoco a los espectadores en sus butacas. Aún algo aturdida, se restregó los ojos y vio frente a ella a su madre abrazando a Frank junto a una cama, la cama de Lucy. A su lado, Diane, desconsolada, no paraba de decir: “My Lucy, my little Lucy...”. Celia siguió recorriendo la escena con la vista. Y allí estaba su gran amiga. Lucy parecía dormir plácidamente, recostada en los brazos de su madre. Se había quedado dormida con una sonrisa hermosa, como si aquello en lo que estuviese pensando en el momento de cerrar sus ojos le transmitiera mucha felicidad. Celia también observó que su amiga tenía juntas las palmas de las manos, justo en la posición de haber estado aplaudiendo...

La niña volvió a mirar a su alrededor para asegurarse de dónde se encontraba, giró de nuevo su mirada a los adultos y finalizó su inspección volviendo a observar a su amiga Lucy. Y fue entonces, justo en el momento en el que Frank se dirigió hacia donde ella estaba para abrazarla, cuando Celia entendió que su amiga no volvería a despertar...

XXII. EL RETORNO AL LAGO

Fueron duros meses los que siguieron a aquella triste tarde en la que Lucy se fue. Duros para todos, aunque Leticia se vio en la obligación de actuar como sostén tanto de sus amigos como de su hija. Durante las semanas que pasaron desde el último y gran viaje de Lucy, Leticia no paró de visitar, consolar y ayudar a sus amigos Frank y Diane, así como de pasar con ellos todo el tiempo que pudo. Una mañana, cuando los tres paseaban juntos mientras Celia estaba en el colegio, Diane dijo algo a su amiga.

—Leticia, aunque nosotros aún estamos destrozados y recordamos a nuestra Lucy cada día, hay algo que nos reconforta mucho. Nuestra hija se fue feliz y tranquila. Y se fue así gracias a Celia —comentaba Diane.

Leticia se emocionaría el resto de su vida cada vez que recordaba esa frase. Pero si alguien echaba de menos a Lucy, además de sus padres, esa era Celia. Tras unos días demasiado tristes para ella, la pequeña comenzaba a mostrar atisbos de superar la pérdida de su mejor amiga. Al menos así lo creía Leticia, aunque era evidente que su hija se había vuelto de nuevo más introvertida y menos habladora. Celia no volvió a viajar al gran mar siberiano desde aquella fatídica tarde en el Gran Teatro, aunque esto era algo que solo ella sabía...

Una noche, tras comprobar que su hija se había quedado dormida en la cama, Leticia llamó por teléfono a sus amigos a pesar de que era ya algo tarde. La joven madre les preguntó cómo se encontraban. Diane le dijo que se iban reponiendo poco a poco de aquel dolor que ya nunca abandonarían pero, para sorpresa de Leticia, la neoyorquina le recomendó que estuviese muy pendiente de Celia porque “es solo una niña y debe ser muy duro e incomprensible para ella haber perdido a su gran amiga”. El caso es que cuando terminaron de hablar por teléfono, Leticia escuchó algo en la habitación de su hija. Sin hacer ruido, la madre se dirigió allí para ver qué pasaba, y mientras más cerca del dormitorio se encontraba, más evidente era que, al otro lado de la pared, Celia no paraba de llorar. Leticia se apresuró, abrió la puerta sin preguntar, encendió la tenue luz de la lamparilla de la mesita de noche y se recostó en la cama junto a su hija.

—¡Celia, dime qué te pasa! ¿Por qué estás así? —dijo Leticia.

—Mamá, echo de menos a Lucy —gimoteó la pequeña, tras unos segundos tratando de controlar el llanto.

Leticia sintió que se le venía el mundo encima. Abrazó con fuerza a su hija para tratar de calmarla. “Lo sé hija, lo sé. Yo también. Tranquila, shh...”, repetía una y otra vez. En ese momento la madre hubiera hecho lo que fuera necesario para lograr detener ese dolor inmenso que veía que atravesaba a su pequeña.

—Celia, dime qué quieres que haga para calmarte —susurró Leticia.

De repente, Celia comenzó a tranquilizarse y a controlar aquel llanto que parecía no dejarle respirar. A duras penas, se enjugó las lágrimas, abrió los ojos para mirar a su madre en la penumbra y comenzó a hablar poco a poco.

—Tiéndete conmigo y prométeme que vas a cerrar los ojos con todas tus fuerzas —dijo Celia.

—Claro que sí, peque —contestó, al instante, Leticia.

La madre se tendió de lado en la cama, detrás de Celia, arrojando y protegiendo el cuerpo de su hija, poniendo su brazo

derecho bajo la cabeza de su hija y acariciando con su mano izquierda el cuerpo de la pequeña. Cerró los ojos, apretándolos con rabia recordando a Lucy, y cuando parecía que su hija se había quedado dormida, algo pasó...

—¡Mira, mamá! ¡Ese es el mar helado de Siberia! —exclamó Celia—. ¡Y eso de allí es *La Nave Plateada*!

A Leticia le costaba reprimir el llanto. Abrió los ojos y observó que Celia, aún con la cara mojada tras haber estado llorando, se mostraba ahora más alegre. Parecía como si su hija estuviera volando en uno de sus viajes por ese mundo que tanta felicidad le proporcionaba. Leticia apretaba la mano de Celia, quien, en efecto, se encontraba sobrevolando con su globo aerostático todos aquellos fantásticos lugares que había conocido y que ahora enseñaba, o creía enseñar, a su madre.

—¡Esa es la aldea de los naranjos! Uao, es verdad lo que decía la leyenda... ¡He vuelto a ver el gran árbol protector! —decía Celia mientras estiraba el brazo para coger una enorme naranja, aprovechando que el globo se acercó a la copa del enorme árbol hasta rozarle sus ramas más altas.

—¡Y ahora vamos a pasar por *La Taberna de las Luciérnagas*! ¿Ves, mamá? ¿Ves que todo es real? —insistía Celia.

Leticia, que no podía parar de mirar los ojos cerrados de su hija, con sus pestañas húmedas, le respondía con delicadeza: “Sí, hija, claro que lo veo...”.

El globo en el que volaba Celia recorrió todos los lugares emblemáticos de las aventuras vividas en los paisajes siberianos. *El sendero de las amapolas* con sus tierras rojizas, *La Cueva del Druida*, *La Cocina de la Bruja*, quien salió a saludar a Celia justo cuando el artefacto volador pasaba a pocos metros de su inconfundible caverna, el bosque mágico con sus cientos de plantas y árboles diferentes, y por supuesto, la bella ciudad de Les, con el teatro donde ella misma había dirigido a la orquesta. Celia iba presentándole cada lugar a su madre. Pero el momento culmi-

nante de aquel viaje tan especial estaba a punto de llegar. Celia estaba explicándole a Leticia lo que vendían en cada uno de los puestos del mercado de Les, que acababan de sobrevolar, cuando de repente...

—¿Ves aquello, mamá? ¡Mira quiénes son! —gritó Celia.

—No los distingo —dijo Leticia para seguir permitiendo que su hija viviese aquella fantasía sin tener que reconocerle que no veía nada—. Dime, ¿quiénes son?

Y entonces ocurrió algo que Leticia no esperaba. La joven madre cerró los ojos y escuchó, ya sin poder ni querer aguantar las lágrimas, cómo Celia decía: “¡Mira el lago, mamá, ese es el *Lago de los Ojos Azules*! ¡Esos son cisnes y mariposas gigantes! Y los que ahora nos saludan son... ¡Mira, mamá, quienes nos saludan son Gigante y Lucy!”. Y Leticia, con los ojos cerrados y apretando con fuerza sus sentimientos, juraría que volaba en esos instantes con su hija en el interior de un globo y que desde allí, en las alturas, veía un hermoso lago con setenta y cuatro cisnes y varias mariposas gigantes rondando sobre sus aguas cristalinas; juraría que veía a un pequeño hombre barbudo junto a una niña de cabellos dorados; y juraría que esa niña era la sonriente Lucy, quien, exultante de alegría, no paraba de gritarle: “¡Hola, Leticia!”...

Leticia, quien jamás se lo contó a nadie, supo, desde aquella misma noche, que existía un lugar tan real como cualquier otro. Ese lugar fue también visitado por ella mucho tiempo antes, aunque quizá tenía otras formas, era habitado por otras criaturas o estaba basado en otros rincones fantásticos. Pero ella, siendo niña, también había disfrutado en mil y una ocasiones de esas aventuras que, poco a poco, olvidó a medida que se hizo adulta, porque son los adultos quienes desarrollan esa mala costumbre. Aventuras que se convierten en la alegría para unos niños, que suponen la evasión para otros, o que resultan la comprensión de las cosas para muchos. Aventuras que, sin duda, son reales para cualquier

niño porque son vividas con una intensidad que puede resultar invisible a los ojos, pero que, desde luego, es palpable a través del corazón.

Pues bien, ese lugar al que aquella noche volvió Leticia era todo un mundo, el cual parecía deleitarse ante la presencia de su hija. Leticia, presa de una incontenible pero serena felicidad, se dio cuenta de que estaba recordando sus viajes a otros mundos. Y aquel en el que se encontraba en esos momentos no era otro que *el mundo de Celia...*

